

ataúd para un espía

KEITH LUGER

SS
SERVICIO SECRETO





KEITH LUGER

ATAÚD PARA UN ESPÍA

Colección **SERVICIO SECRETO nº 1.350**
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES
CARACAS – MÉXICO – RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 16.524 - 1976
Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: junio, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuares, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1976

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283. - La historia de Bill el Melenas.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.341. - Ha muerto una actriz.
En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
967. - El Oeste en llamas.
En Colección SALVAJE TEXAS:
729. - La venganza.
En Colección KANSAS:
667. - Mala hierba nunca muere.
En Colección BRAVO OESTE:
581. - Tres hombres van a morir.
En Colección PUNTO ROJO:
737. - Una cigarra canta tu muerte.
En Colección CALIFORNIA:
752. - La historia de Buby él Llorón.
En Colección ASES DEL OESTE:
893. - Aquí acaban los hombres.
En Colección COLORADO:
610.- ¡Lucha por tu vida, gringo!
En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
338. - Tormenta en Río Seco.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82. - La chica del rifle de oro.
En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
5. - Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Quién es la pelirroja? —preguntó Marcel Huard al camarero.

—Sólo sé que se llama Geneviève y que dirige una fábrica de bañadores femeninos.

—Deberías estar mejor informado para atender a tus clientes, Piérre —sonrió Marcel.

—Le aseguro que es la primera vez que viene por aquí.

Marcel estaba sentado en un taburete, bebiendo su ginebra con hielo. Sus ojos, tras las gafas oscuras, observaron a la pelirroja que había llamado su atención. Era un hermoso tipo de mujer. Ella examinaba la piscina como si estuviese tomando las medidas. Le acompañaba un hombre que resultaba más bajo que ella, un calvo que tomaba nota cada vez que la pelirroja hablaba.

Marcel vio pasar por frente al bar a Colette, una linda rubia que trabajaba en la recepción. La había invitado a cenar un par de noches.

—Colette —la llamó.

La joven se acercó, sonriente.

—Hoy termino a las seis.

Marcel carraspeó.

—Estaré un poco ocupado.

—¡Oh, qué lástima, creí que repetiríamos lo de la otra noche! —Colette siguió la dirección que le señalaban los ojos de Marcel y descubrió a la pelirroja—. Ya comprendo, es ella quien te interesa ahora.

—No seas celosa.

—No lo soy.

—Demuéstralo diciéndome quién es ella.

—Con mucho gusto, señor Huard. Geneviève Faure, se hospedó en el hotel esta mañana. Procede de París y está preparando un desfile de modelos.

—¿Qué clase de modelos?

—Los que más gustan a los hombres. Bañadores.

—Qué suerte —dijo Marcel—. Me hace falta uno.

—No seas tonto. Sólo se exhibirán las mujeres y no creo que las dejen salir con pantaloncito.

—Bueno, estarían a la moda, ¿no te parece…? «Dos piezas menos una».

—Ya se acabó eso. El Ministerio del Interior ha prohibido el «monokini». Tendrá que conformarse con dos piezas sin restar nada.

Colette fue a marcharse, pero Marcel la detuvo de un brazo.

—Eh, no me has dicho nada de ella.

—Ya lo dije todo.

—¿La acompaña su marido?

—No creo que esté casada. Es la señorita Geneviève Faure.

—Gracias.

—Y a propósito, señor Huard, no tendré una noche libre para cenar con usted hasta el año 1984.

Colette se marchó y Marcel esbozó una sonrisa. Todas las mujeres reaccionaban lo mismo ante una posible rival.

Marcel estaba cenando en su mesa cuando vio aparecer a la pelirroja.

El calvito trotaba al lado de ella embutido en un *smoking*. Debía sudar mucho, porque a cada momento se llevaba el pañuelo a la frente.

Tomaron posesión de una mesa bastante alejada de la de Marcel.

La orquesta estaba interpretando un calipso.

Marcel había terminado de cenar y tenía pensado ir a un club nocturno, pero se puso a fumar un cigarrillo.

La oportunidad se le presentó minutos más tarde, cuando la pelirroja, a mitad de la cena, habló al oído al calvito. Éste se levantó y abandonó el salón.

Marcel fue detrás del calvito y lo vio meterse en una cabina telefónica. Entonces se estiró los puños y caminó hacia la mesa de la pelirroja.

Iba a pasar de largo y de pronto se detuvo.

Alguien se levantó por detrás de Marcel y chocó con éste derramando el contenido de una copa de champaña en su propio impoluto *smoking* blanco.

—Perdón —dijo el hombre que lo había manchado.

Marcel iba a contestar desabridamente, pero se interrumpió al oír que alguien estaba riendo.

Era la pelirroja Geneviève, que se cubría la boca con la mano sin dejar de reír.

Marcel sintió deseos de abrazar al hombre que le había arrojado la copa de champaña.

—No tiene importancia —dijo, y sacó el pañuelo, con el que empezó a limpiarse.

—Celebro que lo encuentre divertido.

—Disculpe —repuso la pelirroja—, pero he recordado un proverbio que aprendí siendo niña.

—Si promete seguir riendo, estoy dispuesto a pedir que me vuelquen una copa cada media hora. Pero yo creo que el champaña debe servir para algo mejor que para derramarlo sobre las personas… ¿Me permite que la invite?

La joven dejó de sonreír. Ahora estaba examinando a Marcel apreciativamente, como aquella mañana había examinado la piscina, tomando sus medidas.

—Se lo permito, señor…

—Marcel Huard.

Marcel ocupó una silla.

—¿A qué se dedica, señor Huard?

—Delineante. Vivo en Lyon. Soy soltero y estoy disfrutando de mis vacaciones anuales… Sé algo de usted. Me dijeron que es Geneviève Faure y que va a dirigir un desfile de modelos por cuenta de mía casa de modas de París.

—Sí, es cierto.

—También me dijeron que no existe un señor Faure…

Se estableció una corriente de simpatía entre ambos, y empezaron a saltar de un tema a otro.

Marcel pidió una botella de champaña al mozo.

El calvito llegó a la mesa y quedó sorprendido al ver a la pelirroja en compañía de Marcel.

—Cyril —dijo Geneviève sin hacer las presentaciones—. ¿Tienes que darme noticias?

—Jean Paul llegará mañana.

—Gracias, Cyril… Creo recordar que estabas cansado.

—Sí.

—Puedes irte a dormir. Mañana debes levantarte temprano para hacer el pedido de los materiales que necesitamos.

—Desde luego, cuente con que todo se hará como usted ha ordenado. Buenas noches.

Cyril dirigió una mirada a Marcel y se marchó.

—Cyril es un empleado a mis órdenes —dijo Geneviève—. No sé qué haría sin Cyril. Es ideal para cumplir los encargos que se le hacen, pero carece de iniciativa propia.

—¿Quién es Jean Paul?

—Mi jefe. El dueño de la casa de modas. Estará un par de días en Antibes inspeccionando el plan que he trazado para la exhibición de los bañadores.

—¿Cuándo será la exhibición?

—El próximo sábado por la noche… Le mandaré una invitación.

—Muy amable. Y yo quiero corresponderle con otra. Venga a nadar conmigo mañana. Conozco cierto lugar a unos kilómetros de Antibes que estoy seguro le gustará.

—Lo siento, pero no podré.

—En un par de horas estaremos de vuelta.

—Tendríamos que salir a las siete de la mañana.

—De acuerdo, Geneviève, me tendrá a las siete a la puerta de su apartamento.

—Me uniré a usted enseguida He de estar de regreso a las nueve, para empezar mi trabajo.

Siguieron hablando y después salieron a bailar.

Llevaban dos horas juntos cuando Geneviève dijo:

—Lo siento, pero he de retirarme.

—Es temprano.

—Recuerda que hemos de levantamos a las siete.

Ya se tuteaban. Marcel tenía la impresión de que conocía a Geneviève desde mucho tiempo atrás.

La acompañó hasta la puerta de la habitación y allí ella le tendió su mano.

—¿Sabes una cosa, Marcel? Celebro que arrojases la copa de ginebra sobre mi vestido.

Antes de que Marcel pudiese decir nada, Geneviève cerró la puerta.

Sacudió la cabeza, y, silbando, se dirigió a su habitación.

Geneviève Faure se apoyó en la puerta después de haberla cerrado. Era simpático aquel Marcel Huard. No tenía ninguna duda de que él había tropezado con ella a propósito, para entablar conocimiento y por ello estableció un muro de hielo a su alrededor, pero luego sobrevino lo que Marcel no había previsto cuando aquel vecino de su mesa le derramó sobre el *smoking* blanco la copa de champaña.

Sí, el delineante era un hombre simpático, agradable.

—Buenas noches, Geneviève.

La joven miró hacia la puerta del cuarto de baño donde había aparecido un hombre de unos treinta años, sienes plateadas y bigote recortado. Vestía un *smoking* negro y fumaba en boquilla.

—Adrien, ¿tú aquí?

—Sí, Geneviève, yo mismo.

—Creí que habías salido para Marsella.

—Debería estar en Marsella, pero alguien tuvo la culpa de que me quedase.

—¿Quién?

—Tú.

—¿Yo…? No te comprendo, Adrien, ¿quieres explicarte?

—¿Quién es el hombre que estaba cenando contigo?

—Cyril.

—Eso fue al principio. Luego hubo otro.

—Oh, sí, se llama Marcel Huard, un delineante de Lyon.

—¿Y qué más sabes de él?

—Está pasando las vacaciones en Antibes.

—¿Cómo os conocisteis?

Geneviève se lo contó.

Adrien se echó a reír.

—Geneviève, eres una ingenua.

—¿Por qué dices eso?

—Porque has cometido la mayor estupidez de tu vida. Ese delineante que está pasando sus vacaciones, ese Marcel Huard, no es otro que un agente del *Deuxième Bureau*.

—¿Qué?

—Ya lo has oído.

—Oh, no; debes estar equivocado.

—Su verdadero nombre es Raoul Gaultier.

—Tienes que equivocarte.

—Esa frase es buena. Tengo que equivocarme. Lo cual significa una imperiosa necesidad por tu parte de que me equivoque, de que esté cometiendo un error, y eso a su vez nos lleva a una conclusión. El hombre que conoces como Marcel Huard te ha gustado.

—Adrien, no es momento para bromear.

—Tú ya sabes que, en nuestro negocio, hay bromas que resultan muy pesadas, y yo no las gasto de esa clase, querida.

Geneviève se había turbado. Abrió el bolso y tome un cigarrillo de la pitillera. Al sacar el encendedor se le cayó al suelo. Entonces Adrien alargó el brazo ofreciéndole la llama del suyo.

Geneviève encendió mirando los ojos duros como el cinabrio de su visitante.

—Estoy esperando una respuesta tuya, Geneviève.

—¿Qué tengo que responder?

—¿No sabes que nos jugamos la piel?

—Claro que lo sé.

—Entonces, ¿por qué haces amistad con el primer desconocido que se te cruza en el camino?

La joven apretó los dientes.

—Nunca hago amistad con el primero que se tropieza conmigo.

—Oh, no. Sólo con los que te gustan.

—¡No consentiré ese insulto!

—¡Pues lo vas a consentir! —exclamó Adrien golpeando con el puño cerrado en el brazo del sillón.

Hubo un silencio entre ambos. Estaban excitados Respiraban entrecortadamente.

Adrien exhaló el aire que contenían sus pulmones.

—A nada conduce que tú y yo peleemos.

—Está bien, ¿qué se te ocurre?

—Está claro como el agua. Ese hombre está informado de que tú estás relacionada con ciertas personas.

—¿Cómo va a saber eso?

—Ellos tienen medios para saberlo. ¿Es que todavía no te convences?

Ella dejó pasar unos segundos y finalmente movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, Adrien, creo que tienes razón.
—Ese muchacho ha salido avispado.
—¿Cómo has podido verlo?
—Me llegué al hotel antes de salir para Marsella para decirte que debes estar en tu habitación mañana a la medianoche. Recibirás un mensajero… No te encontré aquí y fui al restaurante. De pronto descubrí a Raoul Gaultier. Me acordaba de él. Le conocí hace unos cuatro años en Londres. Él intervino en un caso relacionado con ciertos documentos del Almirantazgo que habían desaparecido. Fue un trabajo en el que el *Deuxième Bureau* trabajó en colaboración con el Servicio de Información de los ingleses.
—¿Estás seguro de que es él?
—No tengo la menor duda. En aquella ocasión tuve a Gaultier como te tengo a ti ahora, aunque él no me vio. Yo estaba a la otra parte del muro. Lo pude ver a través de un espejo, cara a cara, mientras él se deshacía la corbata.
—¿Qué vamos a hacer ahora?
—No podemos decírselo al jefe, ¿verdad, querida?
La joven tragó saliva.
—Imagino que eso sería peligroso para mí.
—Muy peligroso, Geneviève.
—Huiré.
—¿Crees que yo puedo permitirlo?
—Tú sabes que no he dicho nada a Gaultier.
—Sí, lo sé, pero el jefe no lo creerá.
—¿Qué pretendes con atemorizarme, Adrien?
—Sólo quiero que te des cuenta del favor que te voy a hacer.
—¿Y en qué consistirá ese favor?
—Sólo tenemos una solución. Acabar con el agente Gaultier.
—Pero eso es absurdo, Adrien, ¿cómo vas a acabar con él?
—Va a depender de ti.
De pronto la joven se acordó de la cita que tenía con Raoul Gaultier, alias Marcel Huard. A las siete de la mañana irían a un lugar de la costa a unos kilómetros de Antibes.
—Adrien, creo que, después de todo, no será tan difícil como yo creía…

Eran las siete de la mañana.
Marcel Huard llamó a la puerta del apartamento de Geneviève.

Sólo tuvo que esperar unos segundos. Vio enseguida ante él a la joven. Se cubría con un batín y estaba tan bonita como siempre.

—Eh, ¿todavía no estás preparada?

—Pasa un momento, Marcel.

Entró.

Geneviève miró el corredor. Estaba desierto. Enseguida cerró.

—¿Qué pasa, Geneviève?

—No puedo ir contigo.

—¡Qué contrariedad!

La joven sonrió.

—Pero iré dentro de una hora.

—Entonces, esperaré.

—Prefiero que tú vayas primero. Te dije que no había un señor Faure, y aunque eso es cierto, hay problemas sobre este particular. Mi jefe ha adelantado el viaje… Me pidió hace un par de meses que fuese su esposa. Lo rechacé… Es un hombre que no me gusta como marido, pero debo guardar ciertas apariencias, tú lo comprendes.

—¿Y vas a continuar así siempre?

—Oh, no, esta exhibición de modelos me va a servir para darme a conocer. Recibiré ofertas y podré marcharme donde yo quiera. He soportado muchas cosas y estoy a punto de ser independiente, pero todavía debo cuidar la escenografía.

—Está bien, Geneviève, iré yo delante… Te esperaré en el Golfo de los Camarones. Está ocho millas al este. Enfrente hay un par de islotes, no tiene pérdida; sólo tienes que seguir la carretera general y desviarte cuando llegues frente a los dos islotes. De todas formas, yo estaré atento.

—Gracias, Marcel, eres muy comprensivo.

Marcel le sonrió y salió del apartamento.

Poco más tarde llegaba al Golfo de los Camarones.

Tal como suponía, allí no había nadie.

Era el lugar ideal para Geneviève y él. Nadie los molestaría.

Se despojó de la ropa. Debajo llevaba el bañador.

Encendió un cigarrillo y se tendió en la arena.

—¡Socorro! —Oyó de pronto una voz procedente del mar.

Marcel se puso en pie de un salto.

Vio emerger del agua una cabeza, entre los dos islotes.

La cabeza se hundió.

Marcel echó a correr y se arrojó al agua, nadando vigorosamente.

Otra vez la cabeza del hombre salió a la superficie, pero fue solo unos segundos y volvió a desaparecer.

Marcel ya estaba llegando.

El hombre flotaba otra vez.

Huard llegó a su lado.

De pronto aquel desconocido le pasó el brazo por el cuello.

Marcel sintió que una pierna se entrecruzaba entre las suyas.

En un momento se hizo la luz en su cerebro. Aquello era una trampa. Aquel hombre no se ahogaba. Lo había hecho ir allí para acabar con él.

Se hundieron.

Marcel sintió que el cerebro se le nublaba. Trató de mover los brazos, pero su enemigo lo sujetaba férreamente. Le había tomado una gran ventaja, aplicándole una llave de judo.

Marcel comprendió que había llegado su última hora. Nada podía hacer para librarse del asesino.

Se preguntó por qué le mataba. En aquel momento sólo era un agente del *Deuxième Bureau* en vacaciones. No estaba investigando ningún caso.

Sólo existía una explicación, que lo quisiesen matar por venganza, pero eso era absurdo.

Recordó las palabras de su jefe.

«—Un agente debe procurarse una muerte gloriosa, aunque sea anónima…»

La muerte sería anónima, pero no gloriosa.

Luego ya no pensó más porque su vida se acabó.

Poco después Adrien Vernant buceó, llevando consigo a su víctima. Emergió para respirar jimio a uno de los islotes, a cubierto de miradas extrañas. Sujetaba débilmente a Marcel Huard, que estaba boca abajo, la cara dentro del agua. Sabía perfectamente que estaba muerto pero, de todas formas, lo comprobó poniéndole la mano en el pecho.

Luego lo siguió arrastrando un poco más allá, donde había una cueva. El agua le llegaba a la altura de los muslos.

Dejó a Marcel en el suelo y sacó el cuchillo que colgaba de su cinturón, un cuchillo de larga hoja.

Se agachó sobre el cadáver de Marcel Huard, con el cuchillo en la diestra, para hacer la segunda parte de su trabajo.

CAPÍTULO II

La Asociación Protectora de Niños de Países Subdesarrollados tenía instaladas sus oficinas en una mansión a orillas del lago Lehman.

Dicha asociación celebraba un consejo general cada dos meses, salvo que algún asunto de emergencia aconsejase una reunión con carácter extraordinario.

Aquella noche, el consejo había sido convocado con carácter urgente, lo cual significaba que se había presentado un asunto de emergencia.

Diez hombres procedentes de otros tantos países habían llegado a Ginebra durante el día, utilizando modernos *jets*, casi todos ellos fletados por el propio interesado. Sólo dos personalidades pertenecientes al Consejo habían llegado en aviones de línea.

La reunión tenía lugar en una sala de la mansión. Diez sillones de alto respaldo rodeaban una gran mesa circular. En cada sillón se leía el nombre de un planeta. Venus, Mercurio, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. El décimo era el Sol.

La habitación estaba envuelta casi en la oscuridad.

Nueve sillones ya estaban ocupados, sólo quedaba libre el décimo, de respaldo más alto que los demás, el del Sol.

Se abrieron unas cortinas y un hombre muy alto apareció en la estancia. Los otros nueve se levantaron respetuosamente.

El recién llegado ocupó el sillón del Sol y levantó una mano.

Ésa fue la señal para que sus nueve compañeros ocupasen sus asientos.

El hombre que se sentaba en el sillón presidencial era Alejo Spira, un griego armador de buques, banquero, propietario de fábricas de acero, y miembro de más de treinta sociedades, condecorado por quince países.

Pero ése no era su verdadero nombre, porque antes había tenido

otro. Cuando luchó a favor de los nazis ocupantes de su país respondía al nombre de Constantino. Facilitando informes a la Gestapo y exigiendo el pago en dólares, había logrado reunir hasta cien mil dólares. Cuando Constantino se dio cuenta de que el Tercer Reich se hundía, cortó amarras con sus amigos y emigró al Brasil. Fue cuando cambió de nombre. Sabía en qué condiciones iba a quedar Europa después de la guerra: destrozada, famélica… Formó una sociedad para cooperar con los aliados en el envío de víveres. Aparentemente, era una obra filantrópica, como así fue pregonando por las ciudades norteamericanas, pero Constantino, alias Alejo Spira, contaba con una doble organización. Los víveres que recibía gratuitamente para la primera eran vendidos por la segunda. Sólo una mínima parte de los alimentos, para cubrir las apariencias, llegaba a su destino y era distribuido sin pago alguno por parte de los consumidores.

La cuenta corriente de Alejo Spira ascendió astronómicamente.

Una investigación del Senado norteamericano estuvo a punto de dar en tierra con sus planes, pero Alejo Spira demostró su habilidad como diplomático y, mediante una inversión de un millón de dólares, la comisión nombrada por el Senado norteamericano aprobó su caritativa labor a favor de los necesitados europeos.

Pero fue un timbrazo de aviso y Alejo Spira disolvió su sociedad. Ya no la necesitaba. Entonces emprendió los grandes negocios que lo habían convertido en uno de los hombres más poderosos del mundo.

Eso era lo que Constantino o Alejo había deseado desde muy pequeño, el poder. Más, para tenerlo, se necesitaba dinero. Eso era una cosa de sentido común y por ello se había dedicado a amasar la fortuna que le permitiese destacar por encima de los demás.

—Caballeros —dijo Alejo Spira—. Desde que constituimos nuestra sociedad, hemos obtenido grandes beneficios. Gracias al esfuerzo de cada uno de nosotros, esta firma reparte unos dividendos superiores a los de cualquier otra que exista en el planeta. El año pasado, cada uno de nosotros recibió la cantidad equivalente a cinco millones seiscientos mil dólares, después de haber dejado como fondos de reserva la importante cifra de treinta millones de dólares… Todos ustedes saben que nuestros negocios, drogas, trata de blancas, juego, hipódromos, etc… repartidos por los

cinco continentes, constituyen para nosotros una fuente de ingresos importante… Pero no es nada comparado con esos otros ingresos que obtenemos mediante el espionaje. Somos una organización que trafica con todos los países. Lo mismo vendemos un secreto a los rusos que a los americanos, a los franceses que a los ingleses… Hemos llevado sabios de un lado a otro del telón de acero, los hemos vendido a cierta república árabe, ejecutamos trabajos de liquidación de personalidades científicas, lo mismo en un país oriental que en cualquier otro del hemisferio americano… Y cada vez que realizamos uno de esos trabajos, en nuestra caja ingresa una importante cantidad de dinero… Justamente hace unas semanas celebramos aquí una reunión; les expliqué el objeto de la misma…

Hizo una larga pausa desparramando la mirada por sus compañeros, los cuales cabeceaban porque recordaban cuál había sido el objeto de la reunión a la que Alejo se refería.

—Íbamos a realizar una operación en la que aseguré un beneficio neto de quinientos millones de dólares. La operación consistía en el secuestro del profesor Frank von Hershel, un científico que ha logrado un arma bacteriológica cuya potencia de destrucción equivale a más de un millón de bombas de hidrógeno. Cuando tuviésemos al profesor, tendríamos la fórmula, e inmediatamente procederíamos al chantaje internacional. En principio sería dirigido contra el secretario de la ONU, aunque serían remitidas copias de la carta amenazadora a los síes de los tres grupos en que está dividido el mundo, al presidente de Estados Unidos, por los occidentales; al jefe del Gobierno ruso por los países comunistas, y al presidente de la India, por los neutralistas. El plan estaba bien concebido, pero, de pronto ha surgido una cuestión baladí, un incidente estúpido que podría arruinar nuestro negocio. En la cabeza de todos está que ruando tuviésemos el arma bacteriológica del profesor Hershel, la ONU pagaría sin lugar a dudas los quinientos millones de dólares exigidos para que el ser humano siguiese viviendo sobre la tierra.

Bebió un trago de agua del vaso que tenía delante, en una bandeja, y después de chascar la lengua prosiguió:

—El secuestro tenía que realizarse, como ustedes saben, pasado mañana. Iban a intervenir varias personas, pero se ha cometido un

error muy grave. Uno de los agentes que debía participar en el secuestro ha asesinado a un agente del *Deuxième Bureau*.

Algunos hombres se estiraron en el sillón. El que ocupaba el lugar del planeta Neptuno levantó la mano.

—Se le concede la palabra a Neptuno —dijo Alejo Spira.

—¿Quiere decir el señor presidente que ha habido filtraciones en nuestro plan y que el *Deuxième Bureau* está al corriente de lo que pretendemos hacer?

—En absoluto. He dicho antes que se trataba de un error, lo cual es imperdonable. Nadie, excepto nosotros, sabe el alcance del plan; ni siquiera los que van a participar en el secuestro del profesor saben por qué se hace, ya que Frank von Hershel hizo sus experimentos en su laboratorio secreto, en los montes de Baviera. Pero uno de nuestros agentes ha obrado por su cuenta. Y eso es algo que no podemos consentir, caballeros, especialmente cuando ese hombre ha matado simplemente, no en beneficio de nuestra sociedad, sino en el suyo propio… Los hechos concretos son éstos. Adrien Vernant ha matado al agente Raoul Gaultier, que estaba pasando unas vacaciones en Antibes bajo el nombre de Marcel Huard. Lo ahogó en un lugar de la costa llamado Golfo de los Camarones y luego lo despedazó enterrando sus restos… Esto lo hizo Adrien, según él, porque temió que el agente Raoul Gaultier estuviese siguiendo a otra empleada nuestra, Geneviève Faure, pero la verdad es que Adrien llevó a cabo la ejecución de Raoul para obtener a Geneviève, la mujer de la que se había enamorado. Nuestro Servicio de Seguridad tomó cartas en el asunto cuando descubrió que Adrien, que debía encontrarse en Marsella, había pasado la noche en el apartamento de Geneviève. Estrechado a preguntas, Adrien confesó la verdad.

Se hizo un nuevo silencio. El hombre que se sentaba en el sillón de Urano levantó la mano y el presidente le concedió la palabra.

—¿Qué se ha hecho con Adrien?

—Ya pagó su error. Nuestro Servicio de Seguridad le dio la muerte que merecía. Fue sometido a un baño turco en el que el termostato marcó los cien grados. Adrien fue hervido materialmente como una langosta. Su cuerpo ya descansa en un bosque de pinos, treinta kilómetros al norte de Carmes.

—¿Y Geneviève? —siguió preguntando el hombre que estaba en

el sillón de Urano.

—Ordené al Servicio de Seguridad que ella continuase ocupando su lugar.

—¿No cree que debería haber sufrido un castigo similar al de Adrien?

—Lo recibirá a su debido tiempo. Ahora no podíamos hacerlo, ya que en ese caso hubiésemos tenido que suspender el secuestro del profesor Von Hershel. Geneviève Faure se dispone a realizar una exhibición de modelos en cierto hotel de Antibes. Caballeros, durante esa exhibición ejecutaremos nuestro plan, es decir, llevaremos a cabo el secuestro del profesor, que hoy llegará a la Costa Azul para pasar unas vacaciones bajo nombre supuesto. El de Leopoldo Liddell.

CAPÍTULO III

La campanilla del teléfono se puso a repiquetear.

Raymond Duc soltó una maldición y se cubrió la cabeza con la almohada. Tenía la boca pastosa y en su cabeza evolucionaba un *ballet* negro al compás de un horrísono
tam-tam.

La campanilla del teléfono seguía sonando.

—Virginia —gimió.

Pero no le contestó nadie.

Eso era absurdo. Él sabía que había habido una Virginia en su vida, a las tres de la madrugada.

Virginia tenía que seguir allí.

—Por favor, nena —dijo—. El teléfono… Córtalo con las tijeras.

Tampoco le contestó nadie.

Bueno, la rubia debía estar en el cuarto de baño.

Apartó la almohada y atrapó el teléfono.

—¿Sí?

—No deberías abusar de esas cosas… —Oyó una voz femenina.

La identificó enseguida. Era Monique, la secretaria del viejo.

—Eres una mal pensada, nena…

—Oh, cielos, desde aquí huelo a perfume de mujer…

—Querida, tú sabes que me tienes loco, que eres la única mujer con la que yo…

—¡Silencio!

—No me digas que el viejo está escuchando por la desviación.

—Quiere verte.

—¿A estas horas de la madrugada?

—Raymond Duc, son las once y media de la mañana, luce un sol estupendo y la temperatura es de 32 grados.

—Muy bien, nena. Llegaré ahí en un par de horas.

—El viejo me ha dado un mensaje especial para ti. Quiere verte

dentro de treinta minutos.

—Pero en treinta minutos no puedo hacer tantas cosas, ducharme, almorzar…

—Tomar un *whisky* y consultar en tu cuaderno de direcciones con qué muchacha cenarás esta noche.

—Qué gran verdad es ésa de que el mayor monstruo del mundo son los celos.

—Recuérdalo, Raymond Duc, ya sólo te quedan veinticinco minutos —dijo Monique, y colgó.

Duc tuvo que hacer un gran esfuerzo para dejar el receptor en la horquilla.

Puso los pies desnudos en el suelo.

—Virginia —dijo y caminó tambaleándose hacia el cuarto de baño.

Entró en el cuarto de baño, pero allí tampoco estaba Virginia. Pero vio algo escrito en el espejo. Virginia había utilizado para escribir su lápiz labial.

Rascándose la cabeza, leyó el mensaje:

> «Te adoro, querido, pero no puedo unir mi vida a un agente de seguros, porque soy muy gastosa. Besos, Virginia».

Duc se echó a reír. Aquella Virginia era maravillosa. Había llegado a su vida la noche anterior y ya se había marchado… Demonios, ¿por qué no hacían todas lo mismo?

Con tal pensamiento filosófico se metió en la ducha y abrió la llave del agua fría. Lanzó un aullido y tuvo que sujetarse a la pared para no desplomarse.

Monique Duval interrumpió el tecleo de la máquina cuando Raymond Duc se plantó delante de ella y le alargó una rosa.

—Se la podrías dar al jefe. Quizá con eso conseguirías ponerlo de tu parte.

—¿Qué mosca le picó?

—No lo sé, pero está de un humor de mil diablos. Se refirió a ti como «ese muchacho que cree puede hacer lo que quiera…»

—Bueno, ya le pasará.

—Raymond, ¿por qué no eres más formal…?

—Oh, sí, un día de estos hablaré con tus padres.

—¿Antes o después del rapto?

—Pero, nena, ¿cómo puedes pensar de mí esas cosas? De un hombre que, cuando se atreva a dar un paseo incisivo, lo hará con los papeles bajo el brazo.

Raymond se agachó sobre ella y la besó en la punta de la nariz.

—Un día de estos voy a pedir al viejo el retiro con la condición de que me siente en esta oficina muy cerca de ti.

—No se puede teclear a cuatro manos.

—Te demostraré lo contrario.

De pronto sonó el interfono.

Monique dio vuelta a la llave.

—Diga, señor.

—Si está ahí Ray, dígale que deje ya las tonterías que no podré esperarlo un minuto más.

—Sí, señor.

—Ah, Monique, y no quiero ver esa rosa cuando salga. Soy alérgico a ellas, ya lo sabe.

—¿Qué rosa, señor? —dijo Monique mirando la que Ray le había dado.

—¡Usted sabe cuál!

Monique dio un suspiro mirando la puerta que daba acceso a la oficina del viejo.

—Me pregunto a veces si no tendrá radar en los ojos.

—No hace falta que sea radar, basta con un pequeño agujero —dijo Ray y, haciendo un saludo con la mano, se dirigió hacia la puerta, donde llamó con los nudillos.

Entró porque no podía oír la voz del viejo, ya que las paredes eran a prueba de ruidos.

El viejo estaba sentado tras la mesa, llenando la cazoleta de su pipa.

—Ray —dijo—. Haga el ejercicio
4-C.

—¿Cómo?

—¡Ya lo ha oído! ¡Rápido!

—Sí, señor.

Ray se desabrochó la chaqueta y, de pronto, se dejó caer en el suelo, apoyándose sobre las palmas de las manos. A renglón

seguido, dio dos vueltas sobre sí mismo. Quedó sobre el costado izquierdo, y ya tenía en la diestra la pistola que había sacado de la axila.

—¡No tiene el dedo en el gatillo, Ray!

—Sí, señor, digo, no se… —contestó éste poniendo el dedo en el gatillo.

—¿Sabe lo que puede significar para usted eso?

—Sí, señor, que podría quedar convertido en un colador.

—Ejercicio

3 H

-R.

—Pero, señor…

—Rápido,

3 H

-R.

—Sí, señor.

Duc se puso en pie, y se acercó a un sillón donde dejó la pistola. Se apartó cinco metros.

Estaba sudando como un condenado.

Dio la espalda al sillón.

—Uno, dos, tres —dijo el viejo.

A la voz de tres, Duc se volvió y saltó sobre el sillón.

Golpeó contra la alfombra y se quedó corto en el salto. Alargó el brazo tratando de atrapar la pistola. Y consiguió su objetivo. Entonces se movió boca arriba, en el suelo, y apuntó con la pistola al viejo, y esta vez tenía el dedo en el gatillo.

El viejo se había levantado.

—¿Qué está pensando? ¿Quizá en meterme una bala, Ray?

—Claro que no, señor.

—Leo en sus ojos el deseo de asesinarme.

—Usted quiere realismo en los ejercicios, señor.

—Sí, Ray, es lo que he dicho siempre, hay que realizar los ejercicios como si realmente se encontrase uno en un grave peligro… Levántese.

—Sí, señor. —Ray se puso en pie.

Sentía que por su cara y por su cuello le resbalaban ríos de sudor. Lo sentía en el vello del pecho, en los costados.

—Siéntese, Ray.

Raymond ocupó un sillón mientras devolvía la pistola a la funda de la axila.

—Ha desparecido uno de nuestros agentes, Ray —empezó a hablar el viejo.

—¿Cuál de ellos?

—Raoul Gaultier. Pertenece a su promoción, Ray.

—Sí, es amigo mío. ¿Dónde ha desaparecido?

—En Antibes. Usted se va a encargar de buscarlo.

—¿Quiere decir que me voy a ocupar de la misión que debía cumplir Raoul?

—Gaultier no cumplía ninguna misión en el momento de su desaparición. Había ido a Antibes para disfrutar de sus vacaciones.

—Eso es bastante extraño.

—Lo es. Raoul utilizaba el nombre de Marcel Huard. Se hacía pasar por un delineante que trabajaba en una fábrica de Lyon. Ocupaba la habitación número 214 del hotel Los Olivos. Sus vacaciones terminaron hace dos días. Tenía que haberse presentado al servicio ayer por la mañana, pero no lo hizo. Uno de nuestros agentes ha sido enviado inmediatamente a Antibes, y así nos hemos podido informar de un par de cosas. En primer lugar en la habitación del hotel ha quedado el equipaje de Gaultier. Se marchó hace cuatro días y nadie lo ha vuelto a ver.

—¿Salió en compañía de alguna otra persona?

—Nadie lo sabe.

—¿Cuál es la otra cosa que han descubierto?

—Que cenó un par de noches con una empleada del hotel, una tal Colette Vertillon.

—¿Algo más?

—Di orden al agente de que no prosiguiese su investigación. Usted lleva una semana sin hacer nada y ya sabe cuál es mi idea.

—Sí, señor, no puedo estar ocioso.

—Exacto, Ray. Si usted está ocioso se pone a beber como una esponja, su hígado se resiente y, como el doctor Gouffé le ha dicho varias veces, de la hepatitis a la cirrosis sólo hay un paso. Pero ¿qué hace usted? Se ríe de las advertencias del doctor Gouffé y de las de su jefe.

—Señor, yo…

—No trate de excusarse. Es la pura verdad. Usted no conoce

límite cuando se da a la bebida y hay otras cosas también, además del *whisky*, que debería usted tomar con un poco de moderación… ¡Y ya sabe que ahora me refiero a las mujeres! ¿Sabe cuál puede ser el resultado de sus excesos…? Una bala en la nuca. Ya lo vio antes. Su ejercicio
4-C
dejó bastante que desear.

—Sí, señor.

—Se va a poner en camino inmediatamente. El señor Maring lo proveerá de todo cuanto necesite, documentación, etc. Me comunicará directamente todo cuanto adelante en el caso Gaultier.

—Desde luego, señor.

—Ya puede marcharse.

—Gracias por la confianza que deposita en mí, señor.

—¿Hay ironía en sus palabras, Ray?

—Oh, no, señor, de ninguna manera.

—Retírese.

Raymond Duc echó a andar hacia la puerta.

—Un momento, Ray.

—Diga, señor.

—No se entretenga con Monique, ya recibió su rosa y ella le está muy agradecida.

Ray salió del despacho del viejo.

Monique le esperaba con una sonrisa que habría servido para anunciar un dentífrico.

—¿Cómo te fue, conquistador?

—Se entusiasmó al verme. Dijo que en los días que no vine por aquí nuestra sección apenas logró un éxito. Y también dijo que me preocupase un poco más de ti, que te llevase a cenar de vez en cuando…

—Qué gentil es el viejo, ¿verdad, Ray?… Siempre he dicho que es el hombre más encantador del mundo…

La voz del viejo rugió por el interfono.

—¡Dejen de hablar y pónganse a trabajar los dos!

Ray sonrió, se encogió de hombros y, haciendo un saludo con la mano, se puso en camino hacia la oficina del señor Maring.

CAPÍTULO IV

—¿Colette…?

La joven que trabajaba en la oficina de recepción del hotel Los Olivos se volvió para mirar al hombre que había preguntado por ella. Era alto, de cabello negro, rostro bien parecido. Se cubría con suéter azul, pantalón gris acero y mocasines.

—Soy Michael, seguramente mi primo le habló de mí, me estaba esperando.

—¿Michael qué más?

—Michael Huard.

—De modo que Marcel Huard es su primo…

—Eso es.

—Perdone, señor Huard, pero Marcel no me habló de usted.

—Sin embargo, él me habló a mí de Colette, de la joven más bonita que había conocido en Antibes.

—¿Eso dijo?

—Seguro.

—Me temo que su primo es un poco mujeriego.

—¿Por qué dice eso? ¿Tiene algo que ver quizá con el hecho de que no lo haya encontrado en su habitación?

—Sí, señor Huard, su primo desapareció hace cinco días de aquí y todavía no ha regresado al hotel.

—Comprendo, cree que se marchó con una mujer… ¿Y quién es ella, Colette?

—Lo ignoro.

—Yo, en caso de fuga, la habría elegido a usted.

—Es muy amable —sonrió Colette halagada.

—¿No vio a Marcel con la dama de sus sueños?

La joven se quedó pensativa unos instantes.

—Bueno, yo habría jurado que era la pelirroja.

—¿Qué pelirroja?

—Geneviève Faure.

A continuación, Colette le habló de aquella mujer que iba a dirigir un desfile de modelos aquella noche.

—¿Salió Marcel con Geneviève?

—Lo ignoro. Sólo le puedo contar lo que sé, que Marcel me preguntó por ella.

—¿Se ha ausentado la señorita Faure del hotel?

—No, está todo el tiempo aquí, ocupándose de su desfile de modelos.

—¿Notó usted que mi primo estuviese preocupado por alguna cosa?

—Oh, no, de ninguna forma. Me invitó a cenar dos noches y en ambas ocasiones se comportó de una forma simpática. Es un muchacho jovial, con el que se liga enseguida, y tengo la impresión de que es un mal de familia porque usted también es muy simpático.

—Gracias.

—Termino hoy a las siete y me gustaría mucho ver esta noche el desfile de modelos.

—Lo tendré en cuenta, Colette. Dígame, ¿quién atiende el apartamento de Geneviève Faure?

Colette le dio el nombre de dos mozos, Xavier Sénart y Matteo Lapierre.

Raymond no encontró a Xavier porque era su día libre pero sí a Matteo Lapierre.

Mediante un billete de cinco francos, Matteo estuvo dispuesto a contarle todo lo que sabía acerca de Geneviève Faure. Había un tal Cyril, un empleado de Geneviève, que se limitaba a cumplir las órdenes de la pelirroja, el dueño de aquella casa de modas de París, Jean Paul Hirsch, un hombre de cabello blanco, que exhibís en sus manos dos diamantes que debían haber costado una fortuna. No, Geneviève no había entablado amistad con ningún otro huésped; al menos Matteo Lapierre no podía dar fe de ello.

Después de despedirse de Matteo, Duc fue al garaje del hotel.

Tenía la descripción del auto que había utilizado Raoul, un «Gordini» alquilado en una agencia de Lyon.

Preguntó a uno de los encargados por el auto.

—Oh, sí, un «Gordini», color oro viejo… —le contestó el hombre

a quien consultó—. Estuve cambiándoles el aceite. Su primo, el señor Huard, salió aquella mañana muy temprano, alrededor de las siete.

—Sí, no iba con nadie, pero me dijo dónde iba. Sí me ocurrió preguntárselo y me contestó que iba al Golfo de los Camarones.

Raymond Duc preguntó en qué lugar de la costa se ubicaba el Golfo de los Camarones y, cuando tuve la respuesta, agregó:

—¿Qué indumentaria llevaba?

—Parecida a la de usted, sólo que el jersey en blanco.

—¿Alguna maleta?

—No, ninguna.

Duc le dio las gracias y poco después corría en su «Alfa-Romeo» en dirección al Golfo de los Camarones.

Vio dos islotes a la derecha, tal como le había explicado el encargado del garaje, y sacó el auto de la carretera, dejándolo entre unos pinos. Luego continuó el camino a pie. El lugar parecía desierto.

Llegó a un pequeño desierto acantilado y miró al mar. En aquella parte era profundo, de tal forma que no se veía el fondo.

Continuó mirando la costa, los islotes donde las gaviotas anidaban.

A lo lejos, una barca de pesca estaba recogiendo las redes.

Raymond se agachó, cogió unas cuantas piedrecitas y pensativamente, se puso a arrojarlas al mar.

Sí, tal como había dicho el viejo, la desaparición de Raoul era un misterio.

Fue a coger más piedrecitas y de pronto detuvo los ojos en una roca cercana. Tenía una profunda raya, romo si un trozo de metal hubiese raspado fuertemente sobre ella.

Se acercó a la roca y tanteó con los dedos la raya. Encontró otra. Entonces examinó en el suelo.

Notó huellas en un alud reciente, piedras sacadas de su sitio.

Tema el bañador debajo del pantalón. Se quitó la ropa, que depositó en el suelo, y se acercó al borde del acantilado. Inspiró y arrojóse de cabeza al agua.

Buceó profundamente y de pronto lo vio. Allí estaba el auto, un «Gordini» color oro viejo.

El corazón le dio un vuelco pensando que dentro estaría el

cadáver de Raoul Gaultier.

Se asomó por la ventanilla del volante, pero dentro no había nadie.

Miró también por la portezuela del asiento trasero. Igualmente estaba vacío.

Ya había terminado su provisión de oxígeno e inició la ascensión.

Al llegar arriba respiró.

Desde aquel lugar podía ver con más claridad el lugar por dónde el coche había caído al agua.

Oyó el ruido de un motor y por la punta del cabo vio aparecer una canoa que arrastraba a una bañista sobre unos esquís náuticos.

—Ese tipo se ha arrojado al agua, jefe —dijo Serge Branch—. ¿Quieres que acabe con él? Tengo el rifle con la lente telescópica.

—¿No será demasiado riesgo…? —dijo el hombre de cabeza rapada que estaba a su lado.

Ambos se encontraban en la terraza de una villa, desde la que se divisaba perfectamente el Golfo de los Camarones.

—Está claro —dijo Serge—. Ese tipo es un agente y vino en busca del imbécil que Adrien descuartizó con su cuchillo.

—No podemos hacer nada.

—¿Es que vamos a consentir que meta la nariz en nuestro asunto? —dijo Serge y atrapó el rifle provista de lente telescópica que estaba sobre una silla.

Se lo echó a la cara y buscó en la superficie del mar al hombre que poco antes había saltado del acantilado.

—Ahí lo tengo —dijo—. Cielos, su cabeza está justo en el cuadrante… Bastará que apriete el gatillo y le meteré una bala en la nuca… Se quedará frito. ¿Qué hago, Robert?

—Muy bien, dispara —asintió Robert Cabeza Rapada.

De pronto se oyó una voz detrás de ellos.

—¿Qué es lo que estáis haciendo, par de estúpidos?

El hombre que había entrado en la habitación sólo se cubría con *shorts*. Su piel estaba muy sudada. Un hombre caminaba detrás de él dándole palmaditas en la grasa de los costados.

—Jefe —dijo Serge—. Un fulano acaba de descubrir el lugar por dónde Adrien arrojó el coche del agente.

—Ya entiendo, y lo ibais a matar desde aquí…

—Nadie se habría dado cuenta.

—Los cadáveres flotan en el agua, estúpido. Además, ¿no te diste cuenta que tienes testigos?

—No hay nadie.

—¿Cómo que no? ¿Y qué es eso que yo veo? ¿Una libélula?

Quitó el rifle de las manos de Serge y se lo echó a la cara.

Por la lente telescópica vio a una esquiadora náutica. Su tipo era sensacional.

—Cielos… Creí que no existirían mujeres como ésa… Y ha faltado poco para que esa bonita chica fuese testigo de un crimen, idiotas… Ya que he descubierto a esa muchacha me gustaría conocerla. ¿Por qué no te ocupas de ella, Serge?

El hombre de la cabeza rapada dijo:

—Déjeme verla, señor Fontaine.

El llamado Fontaine, el hombre grasiento, pasó el rifle a Serge.

—El mundo es un pañuelo —dijo éste cuando vio a la muchacha que esquiaba por el agua—. ¿Sabe quién es…?

—No me gustan las adivinanzas.

—Muy bien, se lo diré. Ella es Isabelle Rouanet, la sobrina del hombre que debemos secuestrar. El profesor es alemán, pero ella es francesa. Por eso Von Hershel se asintió en pasar unos días en Antibes, en casa de su sobrina Isabelle.

—¿Qué le parece esto, jefe? —intervino Robert—. Secuestramos al tío y a la sobrina.

—Eso quisiera yo, pero las órdenes son severas. Sólo nos interesa el profesor Von Hershel. Sólo él, ¿lo entendéis…? Tenéis que dejar a la sobrina en paz.

—¿También tengo que dejar en paz a ese entrometido? —preguntó Serge.

—No conseguirá nada. Adrien enterró bien los pedazos del agente del *Deuxième Bureau* y, por otra parte, ese muchachito no nos molestará. No puede impedir el secuestro del profesor porque no sabe absolutamente nada de lo que nos cocemos. Guarda el rifle, Serge.

—Sí, señor.

Fontaine se tendió en una mesa e hizo chascar los dedos.

El masajista se acercó a él y comenzó a pellizcar sus rollos de grasa.

De pronto Isabelle Rouanet perdió el equilibrio, justo al hacer una pirueta. Lanzó un grito y cayó en el agua.

Su cabeza fue a golpear contra una roca del islote.

Pensó que iba a perder el conocimiento y braceó para mantenerse sobre la superficie del agua.

La canoa había seguido corriendo y estaba demasiado lejos. Ahora, para colmo de la desgracia, el motor había dejado de zumbar, quizá porque había surgido una avería.

Isabelle sintió que el agua estaba helada. Eso era imposible en aquella época del año; el agua era caliente. Era ella la que, debido al golpe, se encontraba muy mal.

La sangre circulaba débilmente por su cuerpo y por eso le había sobrevenido aquel enfriamiento súbito.

El cielo azul empezó a tornarse oscuro.

Se hundía irremisiblemente.

Alargó el brazo para atrapar una de las rocas, pero sólo logró rasgarse los dedos y se hundió.

Iba hacia el fondo del mar, a hacer compañía a los peces y a las sirenas.

De pronto unas manos la atraparon por el talle y tuvo la impresión de que la izaban.

Sacó la cabeza del agua. Sí, alguien la sujetaba.

Cerró los ojos y los volvió a abrir. Otra vez el cielo empezó a ponerse azul.

—¿Se encuentra mejor?

Entonces vio la cara del hombre que la había salvado cuando estaba a punto de ahogarse.

—Gracias, señor…

—Michael Huard.

—Debo dar gracias al cielo porque se le ocurrió venir a pescar aquí.

Raymond sonrió enseñando sus blancos dientes.

—Sólo vine a bañarme, pero al propio tiempo pesqué algo, un hermoso producto del mar.

—Ya viene la canoa en nuestro socorro —dijo Isabelle ligeramente envarada—. Puede soltarme. Creo que lograré mantenerme a flote sola.

—No se preocupe. No debemos correr ningún riesgo —dijo él y

la siguió apretando contra sí.

La canoa se acercó rápidamente al islote y se detuvo. Manejaba el timón otra joven, de cabello castaño, muy bonita, mejillas ligeramente hundidas.

—Lo siento, Isabelle, pero el motor dejó de funcionar en el momento más difícil. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

—Bueno, creo que este caballero lo hizo todo y evitó una tragedia.

—Señor Huard —dijo Isabelle—. ¿Quiere ayudarme a trepar a la canoa?

—Desde luego.

Poco después la joven estaba en lo alto.

—¿No sube usted? —preguntó Isabelle.

—Dejé mi ropa en la costa —contestó Raymond.

—Lo llevaremos allí.

—No se preocupe, volveré nadando, necesito hacer un poco de ejercicio.

—Bueno —dijo Isabelle—. Ya nos veremos.

—Sería mejor que me invitase a su casa, ¿no le parece?

Isabelle se mordió el labio inferior.

—Esta noche pensamos asistir a una exhibición de modelos en el hotel Los Olivos.

—Qué casualidad, yo también pensaba ir. ¿A qué hora quiere que vaya a recogerla?

—A las siete.

—De acuerdo, allí estaré… Eh, no me dio la dirección.

—Calle de La Croix, Villa Margarita. Es el número 122.

Duc repitió para sí la dirección.

—Hasta luego —dijo y se puso a nadar vigorosamente hacia la orilla.

Oyó el ruido del motor de la lancha a su espalda y volvió la cabeza.

La embarcación se alejaba dejando tras sí una estela de espuma.

Duc sonrió. Aquella joven era muy atractiva, pero él no había ido a Antibes para divertirse con mujeres. Ya había encontrado el coche de Raoul, pero no su cuerpo. ¿Qué le había pasado a su amigo?

De repente vio algo que le extrañó mucho. Dos buitres volando por encima de uno de los dos islotes.

Las gaviotas parecían protestar por la llegada de aquellos intrusos. Miles de ellas llenaban el aire con sus graznidos formando un endiablado coro.

Raymond Duc nadó hacia aquel lugar.

Los buitres seguían trazando círculos.

A lo lejos vio la entrada de una cueva.

Por allí no había ninguna gaviota.

De pronto descubrió algo que se movía por el fondo. Era un tercer buitre.

Encontró una gruesa rama que el mar había arrojado allí. La tomó esgrimiéndola con fuerza.

Al entrar en la cueva, el buitre se apartó batiendo las alas ruidosamente.

La tierra había sido removida.

Vio huellas de las garras y del pico de los negros pájaros.

Se detuvo repentinamente al ver lo que había entre las piedras. Restos humanos.

CAPÍTULO V

El viejo llenó la cazoleta de su pipa de tabaco.

—Era Raoul Gaultier.

—¿No hay ninguna duda? —preguntó Duc desde la ventana donde miraba el mar.

—Sus huellas dactilares no nos pueden mentir.

Hubo un silencio entre los dos hombres.

Raymond se volvió y dijo, haciendo rechinar los dientes:

—Les partiré la cabeza, juro que lo haré… No dejaré uno para contarlo.

—Cálmese, Raymond.

—Y un cuerno me voy a calmar.

—He dicho que se calme.

Los músculos faciales de Duc parecían de acero, el maxilar proyectado hacia adelante.

Dejó colgar los brazos y se relajó un poco.

—Disculpa, jefe.

—Comprendo lo que siente, ¿cree que no lo siento yo también? ¿Ha pensado que soy de piedra?

—A veces me lo pregunto.

—Eso sería bastante para que lo apartase del servicio, pero prefiero contestar a su pregunta. No, no soy de piedra, Ray. Cada vez que pierdo a uno de mis agentes es como si me arrancasen a uno de mis hijos… Usted no lo puede comprender, ni espero que lo comprenda… Admito que tengo que ser duro con ustedes y, ¿por qué lo soy? Para que no ocurran estas cosas. Cada vez que les exijo rapidez mental o física, es por su propio bien… Ustedes han de realizar servicios especiales en los que constantemente han de jugarse la vida. Un fallo y se acabó… ¿Cuántas veces he dicho que no quiero héroes muertos en mi sección?

Raymond no dijo nada.

—¿Qué va a hacer usted, Ray? Ande, dígamelo. Saldrá ahí fuera y empezará a preguntar a unos y a otros… ti fin dará con una pista, es posible que lo consiga, pero, en tal caso, no duraría mucho más que Raoul… Recuérdelo, hay que tener la astucia de la serpiente, si uno quiere llegar a viejo en esta profesión.

—¿Por qué lo mataron?

—Quizá fue una venganza personal.

—No lo creo, ni usted tampoco lo cree.

—Es cierto —admitió el viejo—. Yo tampoco lo creo.

—Sólo queda otro motivo: que durante sus vacaciones descubriese algo.

—Sí, también he pensado en ello. Por eso vine en avión inmediatamente. Nunca me ha traicionado mi olfato, Ray. Debió ser algo importante, pero ¿qué es?

—Deme permiso para hacer cantar a la pelirroja.

—¿Qué sabemos de ella? No conviene dar un paso en falso. Geneviève Faure, directora de una casa de modas, que va a hacer una exhibición de bañadores, soltera, 28 años, nacida en un pueblecito de Alsacia, padres campesinos. Estudió Arte y Decoración en una escuela de París. Hace tres años entró a trabajar como dibujante de modas en la casa del modista Jean Paul Hirsch. Eso es todo lo que tenemos contra ella.

—¿Qué me dice de ese Hirsch?

—No hay nada sospechoso. Hasta hace cinco años trabajó con un modista de gran renombre. Luego se hizo independiente. Gana mucho dinero con su profesión y hace una intensa vida social, pero en sus antecedentes no existe nada de que se le pueda culpar. En cuanto a Cyril, ese calvito, es un hombre vulgar, un tipo como los hay a miles por ahí, trabajador, tenaz, sin personalidad…

—Quizá lo de la casa de modas es una tapadera.

—¿Tapadera de qué? Diez de nuestros hombres han trabajado en París durante las últimas horas. Sus informes no dejan el menor hueco. No hay nada anormal, todo es perfecto… No, Ray, no podemos hacer nada contra él. Además, nos consta que el día que Raoul desapareció viajó solo hasta el Golfo de las Camarones, y nuestro sospechoso, la pelirroja y Cyril permanecieron toda la mañana en el hotel Los Olivos, preparando su desfile de modelos.

Luc golpeó el puño contra la palma de la otra mano.

—Tiene que haber algo… Todo suena a demasiado perfecto…

—Quiero que haga la vida normal, Ray. Le oí decir que esa muchacha, la campeona de esquí náutico, le había invitado a su casa antes de acudir al desfile de modelos. Vaya por ella.

—Preferiría quedarme.

—Vaya por ella. Es una orden. Comprendo que quiera trabajar en el asunto, pero eso resultaría peligroso en las actuales circunstancias. Ha de tranquilizarse para lograr lo que usted esperó y, si no piensa obedecerme, le aseguro que lo retiraré de esta misión. Ahora, usted tiene la palabra.

—Está bien, iré por Isabelle Rouanet.

Ray estrechó la mano de Isabelle.

La joven estaba más bonita, si cabía, que cuando la conoció en el fondo del mar.

—Perdone que no le presentase a mi prima Úrsula —dijo Isabelle.

Úrsula era la joven que manejaba el timón de la canoa. Sonrió a Duc mientras cambiaban un saludo.

—Señor Huard, ¿qué hace cuando no se dedica a salvar a muchachas en peligro de ahogarse?

—Vendo pólizas de seguros, pero le prometo que no les hablaré de ello durante el resto de la velada.

Las jóvenes lucían escotados y ceñidos vestidos de noche.

—¿Qué quiere beber, señor Huard? —preguntó Isabelle, yendo hacia el bar.

Se encontraban en el *living* de Villa Margarita. A la derecha había una terraza y al fondo una escalera de caracol que conducía al primer piso.

Se oyeron pasos por dicha escalera y descendió un hombre de unos sesenta años de edad, de cabello blanco. Se cubría con *smoking*.

—Usted debe ser el salvador de mi sobrina, y creo que su nombre es Michael.

—Le informaron bien.

—Soy Leopoldo Liddell y estoy encantado de conocerle, joven.

Cambiaron un apretón de manos.

—¿Un martini, tío? —preguntó Isabelle.

El profesor Frank von Hershel, que se hacía llamar Leopoldo

Liddell, asintió con la cabeza.

Charlaron un rato mientras bebían y finalmente salieron de la casa para ir al hotel Los Olivos, donde se iba a celebrar el desfile de modelos.

Raymond había traído consigo el «Alfa-Romeo» de Isabelle y subió con él.

El profesor y su hija Úrsula viajaron en un «Mercedes».

Cuando ya corrían por la carretera, Isabelle dijo de pronto:

—¿Por qué está preocupado, Michael? ¿Por su esposa o hijos?

—No hay esposa ni hijos. Se trata de un negocio, de una póliza, pero yo le prometí no hablar de mi profesión.

—Realmente, ¿le gusta lo que hace?

—Creo que uno no está en situación de elegir, a menos que disponga de una buena fortuna… ¿Estoy hablando con una rica heredera?

—Creo que sí.

—La quiero… Estoy loco por usted y creo que haríamos un matrimonio ideal.

La joven rió.

—Apuesto a que le daría un susto si le dijese que sí.

—¿Por qué piensa eso?

—No parece de la clase de hombres a quienes entusiasma la idea del matrimonio.

—Es usted muy inteligente.

—Es el mejor requiebro que me han hecho desde hace muchos meses.

—Comprendo, todos le dicen lo bonita que es su cara, lo hermosos que son sus ojos o que posee unas piernas de primera categoría.

—También mencionan los hoyuelos de mis mejillas.

—¿Tiene hoyuelos?

—¿Todavía no se percató, Michael?

—A partir de ahora le prestaré más atención. No quiero perderme ninguno de sus secretos.

La piscina del hotel de Los Olivos había sido preparada para el acto con un juego de luces sorprendente.

Leopoldo Liddell tenía una mesa reservada.

Úrsula fue saludada por un joven de cabello rubio, quien la sacó

a bailar, y Raymond invitó a Isabelle.

De pronto los ojos de Raymond tropezaron con el viejo. Se sorprendió. Era la primera vez que veía al jefe con *smoking*. ¿Tendría razón con respecto a su olfato…? ¿No le traicionaría y el asunto sería tan importante que merecía su presencia…?

Después de un par de bailes se excusó, encaminándose al bar. En uno de los extremos se encontraba el viejo bebiendo un vaso de *whisky*.

Raymond ocupó el taburete vecino, que estaba libre, y después de pedir una ginebra con hielo, preguntó:

—¿Tiene algo que decirme?

—Nuestro hombre había quedado citado con la pelirroja en el Golfo de los Camarones.

—¿Cómo lo sabe?

—Me hice amigo de un huésped que es vecino de ella. Los oyó hablar a la puerta del apartamento.

—Pero ella no fue a la excursión.

—No, desde luego.

—¿Quiere decir que existe una doble de la pelirroja?

—No lo sé, pero ello quiere decir que es algo muy grave… Tenga los ojos bien abiertos.

—No se preocupe, ya los tengo.

—Mi nombre es Antoine Recamiere, joyero de Biarritz —dijo el viejo.

—Encantado de conocerle, señor Recamiere; más tarde pasaré por sus habitaciones para ver sus joyas.

Ray regresó a la mesa de Leopold Liddell.

Inmediatamente empezó el desfile de modelos.

Geneviève Faure hizo la presentación.

Los juegos de luces ayudaban a realzar la brillantez del espectáculo.

Las modelos habían sido seleccionadas. Poseían figuras escultóricas que arrancaban aplausos a los invitados.

Terminado el desfile, que obtuvo un gran éxito, se reanudó el baile.

El joven rubio, un italiano que respondía al nombre de Vittorio, se llevó otra vez a la pista a Úrsula e Isabelle y Raymond les siguieron.

Ray ya no vio a su jefe en la barra. Lo buscó por todas partes, pero parecía haber sido tragado por la tierra.

—¿Qué chica te preocupa? —preguntó Isabelle.

—Cuando tengo a una en mis brazos, ya no me interesan las demás.

—Lleva diez minutos sin hablar mientras mira de un lado a otro.

—Está bien, se trata de un presunto cliente. Estoy en tratos con él para firmar una póliza de alta prima. Si consigo cazarlo podrá volver muy pronto a Antibes y eso me permitirá verte otra vez.

—Mientes muy mal, Michael.

—¿Por qué crees que es una mentira?

—Porque estás tratando de convencerme de que lo que dices es cierto. Es un tono especial de voz.

Raymond se dijo que si alguna vez tenía por enemiga a Isabelle, debía considerarla como muy peligrosa. La apretó contra sí.

—Eh, que me ahogas, Michael…

—Acabo de descubrir otro de tus secretos.

—¿Cuál?

—El de que eres una fisgona. —La besó en una oreja. Ella apartó la cara y miró a Ray con el ceño fruncido.

—¿Cuál es tu juego, Michael?

—¿Juego a alguna cosa?

—A conquistarme.

—Todavía ni siquiera empecé.

—Pues ya va siendo hora de que lo hagas. ¿Crees que vine aquí contigo a perder el tiempo?

Ray se echó a reír.

—Tampoco tú dices la verdad…

Ella se puso de puntillas y lo besó en la boca.

—¿Te convences ahora?

—Eh, Isabelle, si eres una de esas chicas que no se puede reprimir, espera a que estemos solos.

—Cobarde, si no vienes, conmigo, a un lugar solitario del jardín.

—Nena, creo que te estás equivocando conmigo.

—¿En qué sentido?

—Soy un antropófago, en ciertos momentos…

—No te preocupes. Si eso llega a ocurrir, soy mía buena corredora por mar y por tierra.

La tomó del brazo y dio un tirón de ella.

—En, Michael, ¿qué modales son éstos?

Ray la arrastró por entre las mesas.

Pronto estuvieron a solas en el jardín. Ray enlazó a la joven por la cintura y la besó en la boca.

Cuando la dejó libre, la joven se tambaleó y miró a Ray con los ojos asombrados, muy abiertos.

—Michael, ¿has sido tú?

—Y ahora, escucha esto. Soy un tipo poco recomendable. No creas que se lo digo a todas las mujeres. Sólo a ti. Tengo la impresión de que, porque te salvé la vida, has querido ser un poco generosa conmigo… Dijiste una gran verdad. No soy de los que se casan… Las mujeres son maravillosas, pienso que es lo mejor que existe sobre la tierra, pero ninguna de ellas me atrapará para el resto de mi vida.

De pronto Isabelle le soltó una bofetada, dio media vuelta y echó a andar.

Ray se tocó la mejilla con el dorso de la mano y se echó a reír. Prefería hacer juego limpio. Isabelle no era una de aquellas aventureras con las que estaba acostumbrado a tratar. Parecía una buena chica y, mientras la oía hablar, tenía la impresión de ser el lobo que se iba a comer a Caperucita Roja.

Por otra parte, deseaba hacer algo desde hacía mucho tiempo y ya no podía demorarlo más. Hablar con la pelirroja Geneviève.

La vio al lado del bar rodeada de damas y caballeros que la felicitaban por el éxito de su exhibición.

Entonces Raymond llamó a un mozo, le habló en voz baja y le entregó diez francos.

El camarero se dirigió a donde estaba la pelirroja Geneviève y le dijo lo que tenía que decirle, que la llamaban por teléfono.

Cuando Ray vio que Geneviève se disculpaba ante sus invitados para atender a la supuesta llamada, él se adelantó hacia las cabinas.

La pelirroja se metió en la cabina número tres y él lo hizo detrás.

—Eh, está ocupada —dijo Geneviève.

Ray cerró a sus espaldas.

—Enhorabuena por su exhibición.

—Es usted muy amable —sonrió todavía la pelirroja—, pero preferiría recibir su felicitación fuera. Voy: atender una llamada.

—No hay ninguna llamada —dijo Ray señalando el teléfono que estaba colgado.

La pelirroja se puso sería.

—¿Qué significa esto? No sé quién es usted, pero debo advertirle que utiliza medios muy reprobables para verse a solas conmigo.

—Sí, ya sé que usted los cita en el Golfo de los Camarones.

—¿Cómo?

Ray vio que las mejillas de la joven se encendían.

—Le diré mi nombré, soy Michael Huard.

La pelirroja levantó la barbilla.

—No le conozco a usted.

—No me conoce a mí, pero sí a mi primo, Marcel Huard.

—Por favor, déjeme salir.

—No saldrá hasta que me haya escuchado, señorita Faure.

—Esto es un atropello.

—Mi primo Marcel Huard desapareció hace cinco días en el Golfo de los Camarones y nada se ha sabido de él.

—Jamás he oído el Golfo de los Camarones… Ni siquiera sé dónde está.

—Hace cinco días, a las siete de la mañana, usted debía acompañar a mi primo allí, pero él fue solo. ¿Por qué?

—Si no me deja salir, llamaré a la policía.

—¿De qué modo, señorita Faure?

—Gritaré.

—He encontrado a mi primo, señorita Faure.

—Si lo ha encontrado, ¿por qué hace esas preguntas?

—Despedazado.

—¿Eh?

—Hicieron trozos con él y lo enterraron. Debe haber sido un amigo suyo.

—No está en su sano juicio.

—Alguien que usted conoce hizo ese trabajo. Quiero saber quién y por qué.

—Déjeme salir de aquí.

—Cálmese, señorita Faure.

La joven se arrojó sobre la puerta para salir y dio un empellón a Duc.

Ray golpeó la espalda contra la pared, pero inmediatamente

alargó la mano y atrapó a Geneviève por el cuello.

En ese momento se rompió el cristal de la cabina y Geneviève cayó desmadejada en brazos de Ray. Él la sostuvo contra su pecho.

Notó que el cuerpo femenino se relajaba totalmente.

Miró la espalda de Geneviève y le vio un agujero de bala.

Dejó rápidamente a la muchacha en el suelo y salió.

Las cabinas estaban enfrente de la puerta de la calle.

Corrió hacia allí, sacando la pistola de la axila.

Tropezó con dos hombres que entraban y casi tumbó a uno de ellos.

Se detuvo al ver muchas personas en la calle.

Observó ávidamente para ver si encontraba alguien sospechoso, una persona en actitud de huir.

Pero fue inútil.

A su espalda oyó un grito femenino.

Se introdujo en el hotel. Una mujer se había desmayado a los pies del cadáver de la pelirroja.

La gente empezaba a aglomerarse.

De pronto un botones señaló a Ray.

—¡Lo vi meterse con la pelirroja en la cabina! ¡Fue él…!

CAPÍTULO VI

El viejo golpeaba rítmicamente la cazoleta de su pipa contra el cenicero.

—La muerte de Geneviève significa que estábamos en el buen camino.

—Eso había supuesto yo y por eso quise hablar con ella —contestó Ray.

El viejo había acudido a la comisaría de policía para sacar a Duc. El inspector de la policía judicial se había deshecho en excusas al conocer la personalidad de Ray y su jefe.

Estaban en el apartamento de Ray, en el hotel Los Olivos.

—Han interrogado a Cyril —dijo el viejo—, pero no han logrado nada. Sigo pensando lo mismo con respecto a él. Está fuera del asunto.

—¿Y Jean Paul?

—Le deben estar interrogando en París.

De pronto llamaron a la puerta.

—¿Esperaba a alguien, Ray?

—No.

El viejo señaló el cuarto de baño.

—Me meteré ahí.

Ray hizo un gesto afirmativo y, cuando el viejo se escondió, acudió a abrir.

En el corredor estaban Isabelle y su prima Úrsula.

—¿Vienen para interesarse por mi suerte?

—Hicimos una llamada a la policía y nos dijeron que había quedado libre de toda sospecha.

—¿Quieren pasar?

Las dos jóvenes entraron en la habitación.

—Sólo tengo *whisky* —dijo Ray.

—No, gracias, no tenemos ganéis de beber —dijo Isabelle—. Ha

ocurrido algo muy extraño, Michael…

—Sí, desde luego, la muerte de esa mujer, Geneviève Faure, es bastante enigmática.

—No nos referíamos sólo a la muerte de la señorita Faure, Michael.

—¿Qué es entonces?

—El padre de Úrsula ha sido secuestrado.

Ray se quedó un momento sin habla.

—Bueno —sonrió—. Imagino que salió de la fiesta y todavía no ha llegado a casa. Quizá se entretuvo con algún amigo.

—Ha sido secuestrado, Michael.

—¿Por qué habéis llegado a esa conclusión?

—Hemos recibido una carta de los secuestradores. —¿La tenéis ahí?

—Sí, pero te falta conocer algo: el padre de Úrsula no se llama Leopoldo Liddell… Es el profesor alemán Frank von Hershel.

—¿Me dejas esa carta?

Isabelle le entregó un papel cuyo contenido estaba formado por letras recortadas de un diario y decía así:

> «No intenten nada. El profesor está sano y salvo. En un plazo de tres horas podrán saber nuestro precio de rescate dirigiéndose a la ONU. No traten de avisar a la policía local».

El mensaje no tenía firma.

—¿Quién os envió esta carta?

—Cuando notamos que el profesor no estaba en el baile, pensamos que había regresado a Villa Margarita —contestó Isabelle —. Fuimos allí y, al abrir la puerta, encontramos la carta en el suelo.

—¿Quién había en la casa?

—Una doncella, Molly, pero ella no oyó ningún ruido.

—¿Es de confianza?

—Absoluta. Es una buena chica. Trabaja para nosotros desde hace cuatro años.

—¿No tiene otra familia, Isabelle?

—Sólo mi madre, pero no está conmigo ahora, se marchó a pasar una temporada con mía amiga, en Escocia.

—Úrsula —dijo Ray con voz grave—. Esto es muy importante. ¿En qué sé ocupaba tu padre últimamente?

La joven se mordió el labio.

—Perdona, Michael, pero no puedo decírtelo.

—¿Por qué no puedes decírmelo?

—Era un experimento muy importante.

—Has de hablar, Úrsula; él hecho de que hayáis venido aquí significa que tenéis confianza en mí.

—Pero mi padre prohibió que hablase con nadie…

—Tu padre ha sido secuestrado.

—¿Supones acaso que lo ha sido por ese experimento que estaba realizando?

—Dime de qué se trata y tendremos más elementos de juicio para decidir cuál ha sido el motivo.

—Mi padre había logrado una terrible arma bacteriológica. Desde luego no pensaba utilizarla, ni siquiera venderla a ningún país. Papá estaba asustado de lo que había conseguido. Dijo que su arma era más poderosa que el arsenal atómico de Rusia y Estados Unidos juntos.

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto de baño y el viejo apareció.

Las jóvenes le miraron sorprendidas.

—Ray —dijo el viejo—. Ya puedes descorrer el telón.

Raymond asintió.

—Isabelle, Úrsula, trabajo para el *Deuxième Bureau*. Soy uno de sus agentes. Mi verdadero nombre es Raymond Duc, y éste es mi jefe. Uno de mis compañeros fue asesinado hace unos días cerca de Antibes. Fue por eso por lo que vinimos, para investigar su muerte. Ahora parece que todo está claro. Debe estar relacionada con el secuestro de tu padre, Úrsula.

El viejo atrapó la carta de los secuestradores que Ray conservaba en la mano.

Úrsula se había puesto muy pálida tras escuchar la declaración de Ray.

—Vámonos, Isabelle —dijo.

—No, quedaros —repuso Ray.

—¿Es que no te das cuenta? —habló Úrsula con voz temblorosa —. En esa nota se dice que no debemos avisar a la policía y vosotros

pertenecéis a ella… Matarán a mi padre.

—No te preocupes, no le matarán.

—Es lo que tú dices.

El viejo corroboró:

—No lo matarán, Úrsula. Puedes estar segura de ello. Muerto, a ellos no les sirve para nada. Vivo, no sé cuál será su precio, pero apuesto a que será cuantioso… Díganme, ¿tienen alguna sospecha?

Úrsula denegó con la cabeza.

—Sólo llegamos a Antibes ayer, señor.

—¿De dónde vinieron?

—De los montes de Baviera, donde mi padre tiene el laboratorio.

—¿Cuántas personas trabajan con él?

—Sólo su ayudante y un par de criados.

—¿Quién es su ayudante?

—Otto Reidman.

El viejo se dirigió hacia el teléfono. Descolgó y pidió hablar con un número. Dijo unas palabras a una persona y tres minutos más tarde alargó el auricular a Úrsula.

—Es el laboratorio de su padre. Pregunte por Otto Reidman y por los criados.

La joven sostuvo una conversación que duró tan sólo unos segundos y luego colgó.

—Los dos criados estaban en la casa, pero no Otto Reidman. Se marchó.

—¿Dónde?

—¿No lo saben?

—¿Cuándo?

—Salió pocas horas después que nosotros con rumbo desconocido. Pero Otto no podía abandonar la casa, tenía que quedarse allí mientras nosotros permaneciésemos en Antibes.

—Ya está claro, Otto Reidman traicionó a su padre. ¿Quiere darme su descripción?

Úrsula describió a Otto Reidman, y el viejo utilizó otra vez el teléfono, ahora para hablar con la oficina de París. Ordenó que se buscase a Otto Reidman. Luego pidió hablar con una persona en relación directa con el ministro de Asuntos Exteriores.

El viejo escuchó durante un rato, mientras escribía rápidamente en un papel, ya que le estaban dando un mensaje cifrado. Cuando

hubo terminado, por la cara del viejo corrían ríos de sudor.

—¿Puede descifrar esto, Ray?

Raymond tomó el papel y, mentalmente, fue traduciendo los signos. El mensaje decía así:

> «El secretario de la ONU recibió carta de los secuestradores de Frank von Hershel. Exigen rescate de 500 millones de dólares. Amenazan con hacer uso del arma bacteriológica dentro de tres días, en un lugar de Asia, si no entregan precio. Tres días más tarde harán otra vez uso del arma bacteriológica en la región más poblada de Estados Unidos y, por último, en otras setenta y dos horas la utilizarán en Europa. La respuesta afirmativa debe ser dada en una longitud de onda. Los secuestradores informarán sobre la forma en que se ha de realizar el pago de los 500 millones de dólares. Han sido enviadas cartas similares al presidente de Estados Unidos, al jefe del Gobierno ruso y al jefe del Gobierno de la India».

—¿De qué se trata? —dijo Úrsula—. Tengo derecho a saberlo.

Ray miró al viejo, y éste hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Entonces, el joven dijo:

—Exigen 500 millones de dólares de rescate.

—Pero eso es absurdo, mi padre no tiene ese dinero.

—No, Úrsula, no sois vosotros quienes tenéis que pagar, sino la ONU, es decir, todos los países del mundo.

El viejo cabeceó.

—Es el primer caso en la Historia de un chantaje a escala mundial.

Ahora el viejo y Ray estaban solos.

Habían dado instrucciones a las jóvenes para que regresasen a Villa Margarita y no realizasen ninguna otra gestión relacionada con el secuestro de Frank von Hershel.

El viejo paseaba de un lado a otro, esperando una conferencia con un alto personaje del Ministerio de Asuntos Exteriores.

El Gobierno francés estaba reunido en sección de urgencia y lo mismo estaba ocurriendo en otras partes del mundo, en Moscú, en

Washington, en Londres…

El Secretario General de la ONU, en visita oficial a Sudamérica, había interrumpido el viaje y regresado a Nueva York.

Todas estas reuniones eran oficiosas. Los gobiernos habían acordado guardar en el más estricto secreto el secuestro del profesor y la clase de mensaje enviado por sus raptores. Había que evitar por todos los medios que cundiese el pánico entre los pueblos de la Tierra.

El teléfono se puso a sonar.

Otra vez le hablaron al viejo desde París, en clave cifrada.

—Ray —dijo cuando hubo terminado—. Nos ordenan que nos estemos quietos.

—¿Qué?

—Ya los has oído. Prohibición absoluta de hacer nada. Se empiezan a recibir en la secretaría de la ONU las primeras respuestas de los Gobiernos, pero ya se ha tomado una decisión, porque contestaron los jefes de algunos, el presidente de Estados Unidos, el jefe del Gobierno inglés, el de la Alemania Federal, el mariscal Tito y otros muchos. Todos están conformes. Hay que pagar los quinientos millones.

Ray cerró los puños hasta que los nudillos se le tornaron blancos.

—Sí —dijo—. Era de esperar que ocurriese así.

—No podemos recriminarles. Hay que evitar a toda costa que esos locos lleven a cabo su amenaza. Los jefes de gobierno están de acuerdo en que sus servicios de seguridad, de espionaje, contraespionaje o cualquiera que sea su denominación, no harán absolutamente nada. En lo que respecta a este asunto, para todos nosotros, incluido el *Deuxième Bureau*, empezó y terminó. Ésas son las órdenes.

—Jefe, deje que haga algo.

—No puede hacer nada.

—Tenemos ventaja. Ha ocurrido aquí, secuestraron al profesor en el desfile de modelos al que nosotros estábamos invitados…

—Muy bien, ocurrió así, pero ¿dónde cree que puede estar el profesor? Quizá a estas horas se encuentra a unos cuantos centenares de kilómetros de Antibes.

—Pienso que está aquí.

—¿Por qué, Ray?

—Habría sido peligroso por parte de ellos llevárselo. Era lógico que fuese visto por alguna persona, y eso es un riesgo que no habrán querido correr.

—Es posible que tenga razón, Ray.

—Me pondré a trabajar enseguida.

—No, Ray.

—¿De parte de quién está usted?

—Del gobierno que me paga.

—A veces hay que hacer las cosas dejando a un lado las órdenes, especialmente en esta clase de trabajo.

—Yo soy el jefe, Ray, y no puedo permitir que realice la menor investigación sobre este asunto. —Y el viejo hizo una pausa—. Pero no puedo impedir que vaya por ahí. Las noticias que acaban de llegar le han impresionado mucho y es lógico que necesite pasear un poco.

Ray sonrió. Había comprendido al viejo. Le daba la luz verde.

—Continúo esperando noticias, Ray. Sería conveniente que tomase contacto conmigo para informarse de lo último que llegue.

Ray salió de la habitación.

Fue al bar del hotel y estuvo preguntando discretamente a los camareros. No obtuvo ninguna respuesta que le sirviese. De pronto vio entrar a Cyril.

Parecía muy nervioso. Pidió un *whisky*, lo despachó y enseguida pidió otro.

Ray acudió a su lado.

—Hola, Cyril.

El empleado de la casa de modas lanzó un gruñido y bebió otro trago de *whisky*.

—Al parecer pasó un mal rato…

—¿No lo pasó usted?

—Sí, desde luego.

—Era una mujer maravillosa, con mucho genio, pero única… Hubiera llegado a dónde hubiese querido… ¿Por qué la tuvieron que matar?

—Mi pregunta es mejor, Cyril. ¿Quién la mató?

—¿Cree que si lo supiese no se lo habría dicho a la policía?

—Quizá olvidó algún detalle que fuese importante.

—No olvido nada. Tengo buena memoria.

—Imagino que Geneviève se relacionaba con mucha gente por razón de su profesión.

—Sí, era conocida por todo París y por muchos extranjeros que venían a nuestra casa de modas. A todos resultaba simpática, aunque pareciese una mujer demasiado sería.

—A veces, las personas como Geneviève son buscadas por ciertas gentes para realizar negocios ilegales.

—¿Qué negocios?

—Drogas, por ejemplo.

—Usted está loco.

—También existe otra clase de mercancías… A Geneviève le habría resultado fácil conseguir información.

—Ya entiendo, piensa que era una espía, una nueva Mata Hari.

—¿Por qué no? Era hermosa, sugestiva, la mujer ideal para enamorar a cualquier jefe de un servicio de un gobierno.

Ray observó que Cyril fruncía el ceño.

—¿Qué es lo que recuerda, Cyril?

Éste bebió otro trago de *whisky* y se mojó los labios con la lengua.

—Nada importante.

—Dígalo.

—Le aseguro que es algo intranscendente… Hace dos días entré en su habitación. Estaba hablando por teléfono. Geneviève se puso muy furiosa. Pensé que estaba hablando con algún admirador suyo, que sostenía con él una conversación íntima… Salí enseguida de allí.

—Pero usted escuchó algo al entrar.

—Sí.

—¿Qué cosa?

—Decía que a las cuatro de la tarde estaría en el banco del parque, frente a la estatua del mariscal Liautey.

—¿Ha dicho que fue hace dos días?

—Sí.

—¿Con quién se tenía que encontrar?

—No lo sé, y ya no puedo decirle más.

—¿No la sorprendió otra vez hablando con ese admirador suyo?

—No, señor.

CAPÍTULO VII

Ray salió del hotel y se encaminó al banco del parque. El lugar estaba casi solitario. Soplaba una suave brisa procedente del mar.

Bueno, ¿qué había ido a hacer allí? Estaba chiflado. Una mujer que había sido asesinada quedó citada allí con un hombre dos días antes. ¿Qué importancia tenía eso? Una mujer como Geneviève debía tener admiradores… Pero Geneviève formaba parte indudablemente de aquella pandilla que había secuestrado al profesor, y también podría haber ocurrido que ésta se citase en aquel lugar con uno de ellos… ¿Por qué no?…

Un poco más arriba, a unos cincuenta metros, había un quiosco. Un camarero estaba retirando las mesas y las sillas para cerrar.

—Buenas noches, ¿puede servirme algo?

El camarero le miró con ojos de búho.

—Está bien, ¿qué quiere?

—Un *whisky* doble.

En aquel momento un coche frenó junto al bordillo del paseo. Dentro viajaba una mujer que debía estar borracha.

—Eh, Lucas —decía—. Invítame a un trago.

—Ya bebiste mucho —contestó el llamado Lucas.

—Lo que te pasa a ti es que te gusta demasiado tu dinero. Quiero un trago y me lo vas a pagar ahora mismo o no iré contigo a tu apartamento.

—Vamos, nena; lo que te conviene es ir conmigo. Allí te darás una ducha.

—La ducha se la va a dar tu abuela. Quiero un trago.

—Está bien, lo tomarás en el apartamento, tengo allí una botella de *whisky*.

El hombre puso en marcha el auto y desaparecieron a lo lejos.

El camarero había puesto el vaso de *whisky* delante de Ray.

—Las mujeres siempre le complican la vida a un hombre —dijo.

—Es una gran verdad —asintió Ray—, pero los problemas de unos son mayores que los de otros. Esos dos se llegaron a Antibes para disfrutar unos días. Yo, en cambio, vine por un asunto familiar y me iré tan amargado como llegué.

—¿Qué le pasa, amigo?

—Mi hermana… —Ray guardó un silencio y bebió un trago de *whisky*.

—¿Qué le pasa a su hermana?

—Se marchó de casa, un tipo la enamoró.

—Bueno, esas cosan pasan.

—Es posible, pero en el caso de mi hermana la cosa es grave, está su marido y dos hijos.

—Menuda pécora… Oh, perdón, no quise ofenderlo.

—Estoy seguro de que si pudiese hablar con ella, la liaría recapacitar. Sé que es difícil, pero siempre me ha respetado… No nos vemos desde hace mucho tiempo. Tengo los pies molidos. Estuve todo el día preguntando por ahí… Nadie sabe nada… Y, sin embargo, estuvo en Antibes hace dos días…

—Escuche, por ahí viene mucha gente.

—Por eso usted no dedicará atención a casi nadie Además, sería mucha casualidad.

—Bueno, nada se pierde. ¿Cómo es su hermana?

—Una mujer muy hermosa, llama la atención por su belleza… cabello rojizo… Eso es lo malo, que nadie le ha visto.

—¿Ha dicho pelirroja y muy atractiva?

—Sí.

—Eh, míster, creo que la vi.

—¿Cuándo?

—Hace dos días, ahí mismo…

Ray compuso un gesto de sorpresa.

—¿Seguro que es ella?

—Y también vi al fulano.

—El muy canalla. Dígame cómo es. Hasta ahora nadie me supo dar el menor detalle del sinvergüenza…

—Es inconfundible. Tenía la cabeza rapada, unos cuarenta y cinco años, nariz un poco arrugada… Bueno, la verdad, creo que no era ningún tipo guapo… Es lo que digo yo, antes eran ellos, los guapos, los que se llevaban a las mejores mujeres, pero hoy día,

desde que salió Yul Brinner, esos tipos de la cabeza sin pelo tienen mucho éxito… Y le diré otra cosa, estuvieron aquí sentados, a una mesa, aunque no fue mucho rato. Me fijé bien porque me llamó la atención. Le advierto que por aquí vienen mujeres hermosas, pero ella es de las que destacan. Sí, señor, tiene una hermana que podría ganar un concurso de belleza.

—Imagino que no sabría de qué hablaban.

—No, desde luego.

—Es una pena, quizá ya se marcharon de Antibes…

—Oiga, amigo, le puedo dar la dirección de un hombre que quizá le pueda informar.

—¿Quién es?

—Esto es confidencial.

—Desde luego.

—Es un ladrón, pero ya está retirado. Ahora se dedica a vender muchas cosas, transistores, máquinas fotográficas y otros objetos a los turistas. Va y viene todo el día, pero ha conservado de su antigua profesión algo muy meritorio… Tiene una memoria portentosa… Se Mama Leonard Selz…

Ray llamó a la puerta que tenía delante.

Había subido una empinada escalera.

El apartamento de Leonard Selz se ubicaba en el cuarto piso de un edificio muy antiguo.

Oyó a la otra parte.

—¿Quién es?

—Me envía un amigo suyo, Leonard… Maurice, el dueño del quiosco del Malecón, en el parque…

Quitaron una cadena y se abrió la puerta.

Ray vio en el hueco a un hombre de unos sesenta años que se cubría con un pijama a rayas muy arrugado.

—Entre.

Ray dio las gracias y entró en mía habitación.

Repitió la historia de la hermana que se había fugado con un tipo, y dio la descripción que de éste le había dado Maurice.

El viejo Leonard Seltz se pellizcó la nariz.

—He visto a ese hombre un par de veces, pero la pelirroja no iba con él.

—¿Dónde vio al hombre?

—La primera vez en el Paseo del Mar, fue hace cuatro días. Le ofrecí una cámara fotográfica japonesa. Lo recuerdo bien porque era un entendido. Examinó la máquina y habló del objetivo y de las lentes, pero no me la compró. Ayer lo vi por segunda vez. Pero no fue en el Pasco del Mar.

—¿Dónde?

—Te acerqué a un taxi que acababa de llegar. Era conducido por mi amigo mío, Gilbert Digard. El hombre de la cabeza rapada salió del auto y pagó. Creo que no me reconoció y echó a andar por la acera. Bueno, Gilbert me abonó el plazo semanal… Yo vendo a plazos a las personas que residen en Antibes. Gilbert me compró mi proyector cinematográfico para sus chiquillos. Pero se lo repito, amigo, no estaba su hermana con el de la cabeza rapada.

—Oiga, se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—El hombre de la cabeza rapada viajó con su amigo Gilbert, quizá él pueda decirme dónde lo tomó…

—Sí, pero quizá lo pudo tomar en la calle y en ese caso…

—Siento molestarle, pero quisiera comprobarlo. Pienso pagarle…

Ray sacó diez francos.

—Oh, no —protestó Leonard—. Yo no cobro un favor a un amigo… Gilbert tiene tres o cuatro paradas. Tendremos que ir a cada una de ellas, hasta dar con él. Justamente hoy trabajará hasta las seis de la mañana. Espere un momento y me visto enseguida.

No encontraron a Gilbert en la primera ni en la segunda parada de taxis. Fue en la tercera.

Gilbert era un hombre de rostro simpático, pero no tenía la misma memoria que Seltz.

—¿Un hombre de cabeza rapada?… Lo siento, no recuerdo.

—Fue ayer, Gilbert —insistió Leonard.

—Estaba muy preocupado, Leonard. Mi pequeña tenía mucha fiebre y no sabía qué era. El médico tenía que llegar a casa y mi mujer se fue hace tres días con su hermana. Yo, iba y venía, no podía fijarme en los clientes…

—El hombre de la cabeza rapada bajó en la Avenida Joffre. Fue entonces cuando me acerqué para que me pagases la cuota semanal…

—Sí creo que ahora lo recuerdo. Tomé a ese cliente al paso.

—¿Dónde? —preguntó Ray.

—A unos kilómetros de Antibes, en el monte que hay sobre el Golfo de los Camarones.

Ray sintió que la sangre coma más aprisa en sus venas.

—¿Cuántas casas hay por allí?

—Puede que trescientas.

—¿No vio salir a ese hombre de alguna de ellas?

—No, me tomó por la acera.

—¿Está libre, verdad, Gilbert?

—Desde luego.

—Quiero que me lleve allí. Naturalmente, dejaremos a Leonard en su casa. Ya le molesté bastante.

—No tiene importancia.

Dejaron a. Leonard y luego el auto reanudó la marcha hacia el monte del Golfo de los Camarones.

Era una carretera distinta a la que Ray había utilizado para llegar a la playa.

Pronto se encontraron en avenidas a cuyos lados se levantaban las villas rodeadas por un jardín.

—Perdone, míster —dijo Gilbert—, el dinero es suyo, pero es como buscar una aguja en un pajar.

—No pase de los cuarenta.

—Usted es el que manda.

De vez en cuando se cruzaban con algún coche del que salían risas.

De pronto encontraron un auto que estaba empotrado en la pared. Un hombre se apoyaba en un árbol y miraba el vehículo filosóficamente.

—Párese, Gilbert.

Ray saltó del taxi y se acercó al hombre, quien alzó la mirada al oírlo llegar.

Dos metros al lado del auto accidentado se ubicaba la cochera, cuyas puertas estaban abiertas.

—Creí que el hueco estaba ahí y ya ve lo que pasó —explicó el desconocido, con voz pastosa—. Pero lo arreglaré mañana. Ampliaré la entrada de la cochera… No volverá a pasar más… Es lo que yo digo, ¿por qué no hacer una entrada a la cochera de quince

metros si la pared es mía?… Eh, oiga, ¿tiene un trago?… Me hace falta, no bebí en toda la noche…

—¿No cree que le conviene dejarlo hasta mañana?

—Usted no sabe lo que me espera. Ahí dentro hay una mujer y no es una mujer cualquiera, es mi mujer. Ronca como una marmota. No oyó el golpe del auto, pero cuando entre con los zapatos en la mano, se despertará. ¿Cómo llamaría usted a eso?

—La verdad, no lo sé.

—Yo sé lo diré, amigo. Cada mujer ha nacido para hacer la vida imposible a un hombre. Ése es su único fin de vida… Por eso, cuando ellas se casan dicen: «Éste es el que me las va a pagar. No lo dejaré vivir»… Te conocen por el olor o quizá posean un sexto sentido. Eso debe ser, ¿no le parece?… Se lo aconsejo, amigo, no se deje pescar por una mujer… Hay tipos inteligentes, claro que los hay… No me diga que no. Yo los conozco. Dos villas más arriba hay cuatro hombres y ninguna mujer… Me hice amigo de uno de ellos, un tipo simpático. Una noche, él vino aquí y nos bebimos una botella de *whisky* mano a mano… Claro que mi mujer no estaba, se había ido a casa de una amiga. Yo me quedé alegando que tenía un dolor de muelas… Mi amigo Cabeza de Huevo es todo un tipo.

—¿Por qué le llama Cabeza de Huevo?

—Bueno, creo que no se ofenderá, después de todo, no nos va a oír. Le llamo Cabeza de Huevo porque tiene la cabeza rapada.

—¿Cuál es su nombre?

—Se me ocurre una idea, ¿por qué no llama a su amigo Patrick? Seguro que es todo un tipo. Yo pago la invitación, una botella de *whisky* donde quieran.

—Eh, oiga, eso no está mal pensado, pero no conozco su número de teléfono… Iremos a su villa, ¿qué le parece?

—Estupendo.

—Eh, todavía no nos conocemos, yo soy Edgar.

—Yo, René —dijo Ray.

—Anda, René, vamos a la villa de mi amigo Cabeza de Huevo.

Ray dijo al taxista que esperase allí y se fue en compañía de Edgar.

La villa a la que Edgar se había referido estaba un poco más arriba de la avenida. Se componía de planta baja, ancha, en cuyas esquinas emergía una especie de torreón.

En la planta baja había una ventana escondida y otra en la parte superior de la torre. La puerta estaba cerrada con una llave.

—Eh, parece que ya están durmiendo —dijo Edgar.

—Es una lástima que nos perdamos la juerga…

—¡Eh, Robert! —gritó Edgar por entre las rejas—. ¡Abre…! ¡Soy tu amigo Edgar!…

—Va a despertar a todos los habitantes de la casa —dijo Ray.

—No se preocupe, amigo. Robert no se enfadará. Ya lo dije, es un tipo simpático.

Se encendió la luz del porche.

Ray se escondió en la pared para no ser visto.

La puerta de la villa se abrió y una voz dijo:

—Eh, ¿qué pasa ahí?

—Robert, soy yo, tu vecino Edgar.

—¿Qué quieres, Edgar?

—Vamos a bebemos una botella de *whisky*.

—Lo siento, compañero, pero eso no puede ser.

—¿Por qué no?

—Otro día.

—Ven aquí, o entro yo por ti.

—Cierra la boca, no grites… ¿Es que quieres atraer a la policía y que nos encierren por escándalo público? —Bajó del porche y se acercó a la puerta—. Anda, Edgar, vuelve a casa.

—Abre, muchacho, quiero hablarte, es muy importante… Vamos a beber una botella de *whisky*.

Robert abrió la puerta y salió.

Ray saltó por detrás de él lo atrapó por el cuello. Con la otra mano ya manejaba la pistola que le apoyó en la nuca pelada.

—Silencio, Robert, o te parto la cabeza.

—Eh, ¿quién es usted?… ¡Un ladrón! Eso es. Estaban de acuerdo los dos para robarme…

—Eres un tipo muy chistoso, Robert. Sabes que no soy un ladrón… Apuesto a que ya me conoces.

—No le he visto en mi vida —contestó Robert, mirándole por el rabillo del ojo.

El borracho Edgar estaba asombrado. Sus ojos se abrían y cerraban con mucha rapidez.

—Eh, ¿qué le pasa, René? Ya le he dicho que Robert es un

amigo.

—Edgar, acepte un consuelo, vuelva a su casa.

—Oh, no, yo me quedo.

—Vuelva a casa. Será menos arriesgado enfrentarse con su mujer que lo que le pueda pasar ahí dentro. Márchese deprisa.

Edgar, un poco atolondrado, echó a andar, aunque de vez en cuando volvía la cabeza.

—¿Va a decir de una vez quién es usted, amigo? —preguntó Robert, alias Cabeza Rapada.

—El compañero de Marcel Huard. Y no hace falta que me preguntes quién era Marcel. Sé que tenéis ahí dentro al profesor.

—¿Qué profesor? ¿Se ha vuelto loco?

—Quiero que sepas una cosa. Te estás jugando la piel… Un paso en falso y no lo cuentas.

—¿Qué quiere?

—Me vas a acompañar hasta la casa, y ya sabes para qué. Quiero rescatar al profesor. Iré detrás de ti con la pistola en el bolsillo. Si das la voz de alarma, apretaré el gatillo tantas veces que morirás antes de tocar el suelo.

—Muy bien, usted está chiflado pero, si quiere que le lleve dentro, le llevaré y, si también desea un pollo, se lo daré en la cocina, hay un par de ellos en el frigorífico.

—Eres muy amable… Anda, echa a andar.

Ray dejó libre a Robert y siguió a este muy de cerca, procurando que le sirviese de escudo por si se les ocurría disparar desde la casa.

Pero no hicieron fuego.

Llegaron al porche y Robert abrió la puerta.

Ray empujó a Robert al interior. En el ancho vestíbulo no había nadie.

—¿Dónde están los otros?

—¿Qué otros?

—Tus queridos compañeros.

—No hay nadie en la casa, sólo estoy yo.

De pronto una puerta crujió arriba.

—Conque estabas solo, ¿eh?

—Bueno, también está el abuelo Saúl. Seguro que se levantó para ir al cuarto de baño, al de arriba, hace muy mal la digestión…

—Vamos a subir a ver a tu abuelo.

—No puede asustar al pobre viejo… Oiga, ¿por qué no lo dice de una vez? Quiere dinero, ¿verdad? Muy bien, le daré lo que tengo, pero no espere más de un par de centenares de francos.

—Arriba, Robert.

Robert soltó una maldición para sus adentros y subió por la escalera.

De pronto, sonaron dos estampidos en lo alto.

Robert se derrumbó hacia atrás lanzando un aullido y Ray se dejó atrapar por el fornido cuerpo de su compañero, y rodó con él por la alfombra.

CAPÍTULO VIII

Ray se dio cuenta de que tenía encima de sí un cadáver.

Lo apartó aprovechando que se había quedado cerca de la pared, a resguardo de los disparos que pudiesen hacer desde arriba.

Ahora sabía con qué clase de tipos se tenía que enfrentar. El que había apretado el gatillo no vaciló en disparar contra su propio compañero.

Se puso en cuclillas y saltó a un lado.

Vio arriba a un tipo, entre los barrotes de la escalera, e hizo fuego. El que estaba en lo alto también disparó, pero lo hizo tarde. Se puso en pie, mostrando su cara llena de sangre, porque era en ella donde había recibido el balazo. Se venció sobre la barandilla y dio una vuelta de campana estrellándose contra los escalones.

En la villa se hizo un silencio.

Ray subió por la escalera.

Una puerta estaba abierta. Prestó atención. Dentro respiraba alguien dificultosamente.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

No le dieron respuesta.

Metió la mano por junto al marco y dio vuelta al conmutador de la luz.

Enseguida oyó una voz:

—¡No dispare!

Ray se coló por el hueco y apuntó al hombre que estaba en pijama, de rodillas sobre un lecho. Era un tipo delgado, de rostro macilento.

—¿Quién eres tú?

—Philippe.

—¿Dónde están los demás?

—Yo estaba aquí solo con Robert y con Serge. ¿Qué les ha pasado a ellos?

—Han muerto. ¿Dónde está el profesor?

—Ignoro a qué profesor se refiere.

—Frank von Hershel o Leopoldo Liddell.

—No sé nada, señor, se lo juro. Soy sólo un masajista. Trabajo en Saint Raphael, me contrataron por una semana. Terminaba mañana…

—¿A quién tenías que dar el masaje? ¿A Serge? ¿A Robert?

—No, señor. Al señor Fontaine.

—¿Cuál es el nombre completo?

—André Fontaine.

—¿Tenías que darle el masaje aquí, en la villa?

—Sí, señor.

—¿Dónde está Fontaine?

—Se marchó de viaje hace un par de horas.

—¿Adónde?

—No lo dijo.

—¿Por qué se quedaron los otros dos?

—Al parecer, esperaban órdenes de alguien.

—Seguiré hablando contigo luego. Ahora quiero que me acompañes para examinar la casa. He de comprobar que no me engañas y, si lo has hecho, será mejor que empieces a rezar.

—Le juro que no le engaño.

—Será mejor para ti. Anda, sal de ahí y guíame por toda la casa…

Philippe no había engañado a Ray. En la casa sólo se encontraban ahora ellos dos y los muertos, Robert y Serge. Pero en uno de los dormitorios encontró Ray una prenda que conocía, el *smoking* del profesor Von Hershel. Con éste en el brazo bajó a la planta donde estaban los cadáveres. Sobre una mesa había un teléfono.

—Siéntate en un sillón y pon las manos en la cabeza, Philippe.

El masajista obedeció.

Ray marcó el número del viejo.

Descolgaron enseguida. Ray contó a su jefe lo que había pasado en aquella villa.

—Voy para allá ahora mismo —dijo su jefe.

Ray le dio la dirección.

Encendió un cigarrillo y estaba terminando de fumarlo cuando

apareció su superior.

El viejo observó los dos cadáveres y luego detuvo la mirada en Philippe.

—¿Cómo estás Edmond?

Philippe parpadeó.

—Mi nombre es Philippe, señor.

—Eres Edmond Lemaire. Te interrogué como sospechoso hace nueve años. Fue un caso de desaparición de documentos de la OTAN. Quizá para ti haya pasado mucho tiempo, Edmond, pero yo registro en mi cabeza todas las caras que pasan ante mis ojos… De modo que estás metido otra vez en un negocio de espionaje, pero resulta un poco grave, porque hay un secuestro.

—No sé nada.

—Tus amigos tienen al profesor Frank von Hershel. Te aseguro que eso puede ser la pena de muerte para ellos y para ti.

—Soy inocente.

—No, Philippe, no lo eres, te hemos encontrado aquí con dos de los secuestradores. Tu situación es muy delicada, pero todavía podríamos hacer algo si colaborases.

Edmond se humedeció los labios.

—Estoy dispuesto a colaborar con ustedes… Pero han de prometerme que me darán un trato de favor.

—Seguro, Edmond. Te trataremos bien, tienes mi palabra.

—Sólo estuvieron aquí diez minutos, el tiempo que emplearon en obligar al profesor a que se cambiase de traje.

—¿Cuál se puso?

—Traje y corbata oscuros, camisa blanca y sombrero de fieltro, también oscuro.

—¿Quién iba con él?

—Sólo se fue el señor Fontaine.

—¿Cómo es el señor Fontaine?

—Cincuenta años, con mucha grasa, uno sesenta y cinco de talla, cara ancha, nariz un poco chata, ojos pequeños, color azul.

—¿Qué ropa llevaba él?

—Traje marrón a rayas verticales, camisa blanca y corbata oscura.

—¿Tenían que ver a otra persona?

—No, señor; sólo iban el señor Fontaine y el profesor. Oí decir

que al alemán le habían dado una inyección para que fuese obediente, pero no sé lo que le inyectaron.

—¿Adónde fue el señor Fontaine con el profesor?

—No lo sé, se lo juro… Ni siquiera lo sabían los otros, quiero decir Robert y Serge.

—¿Por qué se quedaron ellos aquí contigo?

—El señor Fontaine dijo que no quería despertar sospechas y que nosotros nos debíamos quedar aquí unos días. Más tarde, nos diría el lugar donde teníamos que reunimos con él…

—Vamos a suponer que ocurriese algo anormal, vosotros debíais comunicaros con Fontaine…

—No, señor; no nos dio ninguna dirección, ni ningún número de teléfono.

—¿Se fueron de aquí en auto?

—Sí.

—¿Qué clase de coche?

—No lo pude ver, lo trajeron esta noche y lo encerraron en el garaje.

—¿Cómo llegaste a formar parte de la pandilla?

—Conocí a Fontaine hace cosa de un par de años… Fue en Suiza. Yo acababa de sufrir una condena por falsificación. Fontaine tenía referencias mías y me contrató. Hicimos juntos algunos trabajos. Llevamos a un tipo a Alemania Oriental, un sabio, no sé cómo se llamaba. Luego trajimos a un par de ellos de Berlín Este a Inglaterra.

—¿Por cuenta de quién?

—De Fontaine.

—¿Crees que soy tonto?

—Bueno, Fontaine tenía un patrón, pero yo no lo conozco.

—Alguna vez hablaría de él.

—Sólo se refirió a que su patrón era uno de los hombres más poderosos de la tierra y que llegaría a ser el mayor de todos.

—¿Recibía órdenes Fontaine aquí?

—No, señor.

—¿No vino nadie a dárselas ni utilizaron el teléfono?

—No, señor.

Ray oyó un ruido procedente de la terraza.

Saltó sobre el viejo y le golpeó en el hombro, lanzándolo sobre

una silla.

Justo en ese momento se produjo una explosión.

Ray ya estaba tendido en el suelo.

Se puso en pie y corrió hacia la terraza.

El tipo que estaba allí había utilizado una bomba le mano y ahora iba a lanzar la segunda.

Ray apretó el gatillo dos, tres, cuatro veces.

El desconocido estaba subido en la balaustrada y cayó hacia atrás.

Ray sabía lo que iba a ocurrir. Al tenderse en el suelo se produjo otra explosión al pie de la terraza.

De aquel hombre no habrían quedado ni los restos.

Se levantó y esperó con la pistola, pero ya no vio a nadie a la otra parte.

Entró en la habitación y vio al viejo aplicándose un pañuelo a la frente donde tenía una pequeña herida.

—¿Se encuentra bien, jefe?

—Mucho mejor que Edmond.

—Salgamos de aquí cuanto antes, Ray. No quiero dar explicaciones a la policía local.

Eran las nueve de la mañana.

Ray había dormido un poco.

Oyó el timbre del teléfono y luego la voz de su jefe que estaba hablando otra vez con París.

Ahora, lo que más necesitaba era una ducha.

El agua fría le hizo mucho bien.

Salió del *living*, secándose. El viejo ya había terminado de hablar y estaba sentado en un sillón, untando tostadas con mantequilla. Él mismo se había hecho café.

—¿Cuáles son las noticias?

—Hay dos mensajes. El primero se refiere a nosotros.

—Déjemelo leer.

—Lo leeré yo —repuso el viejo, y tomó un papel de la mesa:

> «Algunos miembros del *Deuxième Bureau* que se creen héroes han tratado de encontrar al profesor. Ésta es una tarea muy peligrosa para ellos y en particular para el profesor y el mundo. Es la última advertencia

que les hacemos. Quédense quietos y harán un favor a la humanidad».

—Muy moralizador. ¿Cuál es el otro mensaje?

El jefe tomó el otro papel de la mesa y leyó:

> «Se dio conformidad a la entrega de los 500 millones de dólares. Estados Unidos se ha ofrecido voluntariamente para pagar el ochenta por ciento del rescate. El otro veinte por ciento será sufragado por otras naciones. El pago ha de hacerse en lingotes de oro, cuya totalidad ha de ser depositada mañana a medianoche en el lado oriental del llamado islote de Bonaparte, cien millas al oeste de Córcega. Media hora antes de la medianoche no deberá circular a cien millas de dicho islote ningún barco, submarino, avión, ni se ejercerá cualquier otra clase de vigilancia por el referido lugar por parte de cualquier Gobierno. Los secuestradores se concederán 24 horas para cerciorarse de que las instrucciones han sido cumplidas. Inmediatamente el profesor Hershel será dejado en libertad y será comunicada a la ONU la ubicación secreta del laboratorio de los secuestradores desde donde podrían desencadenar el ataque con el arma bacteriológica».

El jefe dejó el papel sobre la mesa.

—Eso es todo, Ray.

—Así que se van a salir con la suya…

—Eso parece. Tendrán los 500 millones de dólares.

—Hemos fracasado y ya no podemos hacer nada.

—Hay algo más que no está escrito en ningún papel. El primer ministro habló conmigo personalmente hace un rato y, ¿sabe lo que dijo?

—Que se esté quieto.

—Sí, Ray, exactamente. Al próximo paso, me destituirá fulminantemente. Ya puedes ir haciendo el equipaje. Regresamos a París.

—No estará hablando en serio, jefe.

—Oiga, muchacho, me gusta mi profesión y todavía soy demasiado joven para dedicarme a plantar nabos y coliflores.

—¿Cuántos años tiene?

—Sesenta y… ¿A usted qué le importa?

—Aparenta cincuenta y dos.

—¿De veras?

—Seguro. Aún recuerdo cómo se arrojó contra el suelo cuando el tipo soltó la bomba de mano.

—¿Fui yo el que me arrojé?

—Seguro, jefe.

—Es muy modesto, pero no me engañará con las trampas que podría utilizar con un niño… ¡Salimos dentro de una hora para París…! ¡Y no discuta!

—Estaba pensando…

—No piense. Se lo prohíbo, además, sé lo que va a decir.

—¿Qué jefe?

—Que usted podría dejarse caer en paracaídas por ese islote, esconderse entre las rocas y esperar a que los hombres de la ONU depositen allí los 500 millones de dólares en lingotes. Naturalmente, seguirá esperando a que los secuestradores se lleguen para hacerse cargo del dinero. Después los seguirá hasta el lugar de su escondite, recuperará al profesor y regresará triunfalmente a París con Frank von Hershel y los 500 millones de dólares. ¿Quiere que siga?

—Sólo le ha faltado agregar que en la Plaza de la Estrella tendrá lugar el acto de mi homenaje, al que asistirán el presidente de Estados Unidos, el secretario de la ONU, el jefe del Gobierno ruso…

—¡Basta!

Hubo un silencio entre los dos hombres y luego el jefe hizo chascar los dedos.

—No me negarás que es eso lo que le pasaba por la cabeza, llegarse hasta ese condenado islote de Bonaparte.

—No, exactamente.

—Podría estar en otro lugar. He pasado por allí algunas veces y, si mal no recuerdo, hay otros islotes por las proximidades de Córcega.

—¿Es que no lo leyó? No puede existir vigilancia alguna por parte de ningún Gobierno. ¿Cree que la ONU va a pagar 500

miñones de dólares y se va a arriesgar a que los secuestradores sigan teniendo al profesor porque no cumplimos nuestra parte?

—Jefe, ¿quién le dice que los secuestradores van a devolver al profesor y a señalar la ubicación de su laboratorio secreto después de recibir el oro?

—Se cree muy listo. ¿Cree que nadie ha pensado en eso más que usted…? ¡Todos lo hemos pensado! Tal como están las cosas, no tenemos más remedio que aceptar ese riesgo. ¿Lo ha oído?

—Sí, jefe, lo he escuchado desde el principio al fin.

—Entonces, ya no hay más que hablar. Haga su maleta.

Ray se metió en el cuarto de mal humor y se puso a hacer su equipaje.

Al cabo de un rato, salió al *living* con la valija en la mano.

—Estoy listo, jefe, pero quisiera pedirle un favor.

—¿Qué favor?

—Llegarme antes a Villa Margarita.

—¿Para qué?

—Para disculparme ante esas muchachas. Recuerde que ellas pidieron nuestra ayuda.

—Ahí tiene el teléfono.

—El teléfono no sirve para esas cosas.

—Está bien, Ray, lárguese. Y diríjase desde allí a la estación. Le estaré esperando.

—Sí, señor.

Ray salió del apartamento con la valija.

Poco después corría en el «Alfa-Romeo» hacia Villa Margarita.

Le abrió la doncella Molly que, según Isabelle, era de absoluta confianza.

Molly lo dejó a solas en la terraza y enseguida apareció Isabelle.

—Hemos estado esperando tus noticias, Ray. ¿Sabéis algo?

Detrás de Isabelle apareció Úrsula. Ray cambió un saludo con ella y luego contó a las muchachas la decisión de la ONU de pagar los 500 millones.

—Recuperará a su padre, Úrsula, puede estar tranquila. Todas las medidas han sido adoptadas para que al profesor no le ocurra nada.

—Soy muy pesimista, señor Duc.

—¿Qué es lo que piensa, Úrsula?

—Que esos hombres no entregarán a mi padre.

—¿En qué se funda para ello?

—Mientras lo retengan en su poder, ellos se sentirán seguros. Nadie les podrá hacer daño.

—De modo que usted se inclina por el chantaje continuado por parte de la organización.

—¿Por qué no?

—¿Y qué piensa que se debe hacer?

—Buscar a mi padre por todos los medios.

—¿Se da cuenta del alcance de sus palabras?

—Desde luego. He reflexionado mucho durante la noche, no he podido dormir, y he llegado a la conclusión de que mi padre lo querría así.

—Sin embargo, no es usted, ni siquiera su padre, los que pueden decidir en esto. Han sido los gobiernos representados por la ONU los que acordaron pagar el rescate.

—Sí, comprendo las razones de estos gobiernos. No pueden consentir que la humanidad corra el grave peligro con que esa organización criminal los amenaza, Pero yo no puedo aceptar eso.

—¿No lo aceptas?

—No, Ray.

—Si pudieras ir en auxilio de tu padre, ¿irías?

—Dime dónde he de ir y me pondré en camino enseguida.

—Yo también —asintió Isabelle.

Ray se echó a reír sacudiendo la cabeza.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. Ni es nada divertido. Sólo me río porque pensé que seríais las más satisfechas por el acuerdo de la ONU.

—Te hemos explicado nuestras razones para pensar lo contrario.

—Sí, os he comprendido perfectamente.

—Ray, ¿por qué no nos ayudas?

—No te das cuenta de lo que dices, Isabelle.

—Claro que me doy cuenta, y te falta saber algo. Sé dónde está el islote de Bonaparte. He hecho varios cruceros por allí y pasé dos veranos en el lado más cercano de la isla de Córcega… También conozco a un hombre que nos puede prestar una valiosa ayuda… Tiene un hermoso chalet en la costa de Córcega. Se llama Alejo Spira… Es una persona muy agradable… Tiene tres o cuatro lanchas

con motor fuera de bordo, un yate y hasta un helicóptero. Su villa está a unas cincuenta millas del islote.

Ray chascó la lengua.

—Os ayudaré con una condición.

—¿Cuál?

—La de que salgamos inmediatamente. Hay cierta persona que me está esperando en la estación para regresar a París…

—Tengo mi avioneta preparada en el Air Club —dijo Isabelle—. Podremos ir los tres. Aterrizaremos en el pequeño aeropuerto de mi amigo Alejo Spira.

CAPÍTULO IX

Alejo Spira salió al encuentro de Isabelle Rouanet con una sonrisa resplandeciendo en el rostro.

—Mi querida Isabelle, cuánto me alegro de que hayas venido…

—Tengo motivos muy graves para ello, señor Spira. Quiero presentarle antes a Úrsula, mi prima, y a su prometido Guy Jacques.

Alejo Spira cambió un saludo con los dos acompañantes de Isabelle.

—¿Qué es ese asunto grave?

—Disculpe que me asegure si estamos solos.

—No te preocupes, no hay nadie aquí.

Se encontraban en una terraza desde la que se divisaba el mar.

Guy Jacques era Raymond Duc. Por sugerencia suya había adoptado aquella personalidad, al objeto de eliminar las posibilidades de que los secuestradores supiesen que un agente del *Deuxième Bureau* seguía tras los pasos del profesor Frank von Hershel.

Alejo invitó a sus huéspedes a que se sentasen y él lo hizo en un sillón. Se cubría con camisa veraniega, pantalón azul, zapatillas blancas, y protegía los ojos con gafas oscuras.

Isabelle, tras el preámbulo, contó a Alejo la historia del secuestro del profesor. No se dejó nada, aunque desde luego no incluyó a Ray entre los agentes del *Deuxième Bureau* que habían intervenido en el caso.

Al principio Alejo Spira hizo algunos gestos de sorpresa y luego escuchó atentamente.

Cuando la joven hubo terminado, el dueño de la mansión dijo:

—Les comprendo a ustedes, Isabelle, aunque no ignoro que lo que quieren hacer puede resultar peligroso. No obstante, estoy dispuesto a ayudarles en todo lo que pueda, siempre que me prometan ser prudentes.

—Faltan unas horas para las doce de la noche y quisiera hacer un reconocimiento del islote de Bonaparte. Guy me acompañará.

—Irá con ustedes un hombre que conoce bien esa zona de la costa.

—No hace falta.

—Insisto en ello, Isabelle. Hay arrecifes que ustedes podrían encontrar en su camino. Un naufragio en esa zona sería mortal. A partir de ahora me siento responsable de sus vidas.

—Está bien, señor Spira. Aceptaré su ofrecimiento.

—Un criado les indicará cuáles son sus habitaciones.

—Estaremos preparados en quince minutos.

—Muy bien, cuando estén listos, vayan al puerto. Yo voy allí ahora para que preparen mi mejor canoa.

Spira apretó un timbre y un criado apareció.

—Donald, acompaña a mis invitados a las mejores habitaciones disponibles.

El criado hizo una reverencia y se marchó precediendo a las dos jóvenes y a Ray.

Alejo entornó los ojos, observando a sus inesperados visitantes.

Cuando desaparecieron, recuperó el movimiento. Salió de la terraza y bajó por una escalera en zigzag hasta un puerto, en cuyas aguas se movían suavemente cuatro embarcaciones de diversos calados.

Tres hombres se levantaron respetuosamente en el muelle, pero Alejo no se dirigió a ellos, sino a un cuarto individuo que se entretenía pescando.

—Deja eso, Christian.

El llamado Christian dejó la caña de pescar en los barrotes de la silla, asegurándola, y se levantó.

—¿Pasa algo, señor Spira?

—¿Viste a las personas que acaban de llegar?

—Estuve observando la avioneta cuando aterrizaba.

—La vida nos obsequia con grandes sorpresas. Una de las muchachas es la hija del profesor, la otra su sobrina.

El llamado Christian, un tipo de cabello rojizo y ojos de asesino, rió.

—¿Cómo es posible?

—Bueno, la verdad es que no resulta tan sorprendente si

tenemos en cuenta que yo pensé en el secuestro del profesor porque conocí a su sobrina. Cierta vez estuvimos hablando de Frank von Hershel. Desde luego no me dijo qué clase de experimentos realizaba. Fui informado después por uno de los componentes de nuestra sociedad.

—¿A qué han venido?

—A que les ayude a rescatar al profesor.

Christian lanzó mía carcajada.

—No te rías, Chris.

—Perdone, señor Spira, pero es que la cosa tiene mucha gracia.

—Nunca podrán llegar a dónde está el profesor —dijo Spira y miró un poco más allá del puerto, donde había una especie de nave socavada en la roca cuyas puertas eran metálicas—. Nadie puede saber que tenemos ahí el submarino y que en esa misma planta se encuentra el profesor.

—Descuide, señor Spira, no lo sabrán —dijo Chris y echó mano al cuchillo que tenía en el cinturón.

—No seas estúpido. No los vas a matar con eso.

—¿No? ¿Qué quiere que haga con ellos?

—Vas a llevar a la sobrina del profesor y al hombre que la acompaña al islote Bonaparte.

—¿Habla en serio, señor Spira?

—Claro que hablo en serio.

—No le comprendo.

—Lo comprenderás enseguida. Darás una vuelta por el islote de Bonaparte y, en el viaje de regreso, pasarás por los Arrecifes Colorado. Has de lanzar la barca contra las rocas. Eres hábil, Chris, y no creo que te pase nada.

—Descuide, lo puedo hacer. Además, tendré a mano mi salvavidas.

Alejo sonrió.

—Lo malo para esos muchachos es que ellos no tendrán nada a que agarrarse…

—Se lo buscaron por venir aquí, señor Spira. ¿La lija del profesor no viene?

—No.

—¿Por qué no la embarca? Sería bueno acabar con os tres de una sola sentada.

—No seas tonto, sólo hablaron de ir los dos, Isabelle y ese Guy. Úrsula es inofensiva y lo seguirá siendo.

—Como usted quiera, señor Spira.

—Cuidado, ahí vienen…

Isabelle y Raymond bajaban por la escalera.

Alejo Spira les presentó a Christian y les señaló la canoa en que iban a viajar.

—Tiene usted una gran mansión, señor Spira —dijo Ray extendiendo la mirada por la villa de Alejo.

Spira observó que los ojos de Ray se detenían en uno de los torreones, justo donde estaba el radar.

—Tomo todas las precauciones, Guy. Un amigo mío que tiene una villa veinte millas al norte murió con toda su familia en un choque de su avioneta con otro de línea. Ocurrió hace unos años.

—¿Vamos ya, Guy? —dijo Isabelle.

Christian habló desde el timón.

—Cuando ustedes quieran, estoy listo.

—Tenga cuidado —dijo Alejo, ayudando a Isabelle a saltar a la lancha.

—Descuide, señor Spira —repuso Ray—. Lo tendremos para no buscarle problemas.

—No son mis problemas los que me inquietan, sino la vida de ustedes.

Christian puso en marcha la canoa, que empezó a alejarse del muelle.

Alejo Spira sonrió para sus adentros. No volvería a ver vivos a Isabelle ni a aquel entrometido. ¿Era realmente el novio de Úrsula…? Bueno, ¿qué importaba que lo fuese? Muy pronto los dos serían pasto de los peces y él podría esperar tranquilamente la medianoche, la hora en que probaría al mundo quién era él.

La lancha estaba dando la vuelta al islote de Bonaparte que los secuestradores del profesor Von Hershel habían fijado como lugar para el pago del rescate.

El islote era muy pequeño, no tendría más de cincuenta metros de anchura y treinta de largo y estaba rodeado por una playa de fina arena.

—¿Pasa por aquí con frecuencia, Christian? —preguntó Isabelle.

—No, señorita, no es lugar de mi afición. Esas rocas están

escondidas y resulta peligroso navegar por entre ellas.

—¿Alguna de las veces que pasaste por aquí viste a alguien en el islote?

—Nunca. Lo puede ver con sus propios ojos, es sólo un peñasco perdido en el mar, sin vegetación, sin agua…

Raymond tenía unos prismáticos y con ellos examinó atentamente la isla.

No vio rastro de ser humano. Miró por los alrededores el mar y tampoco descubrió ninguna barca. Los secuestradores habían tomado todas las precauciones. Aquella zona estaba desprovista de interés, incluso para los pescadores. De esa forma habían logrado una cosa: facilitar su labor de vigilancia. Nadie podría moverse por allí sin que ellos lo supiesen.

Y eso quería decir que en aquellos momentos podían saber que la lancha de Spira estaba allí.

Isabelle también lo había comprendido y demostró su desaliento.

—Guy, será mejor que regresemos.

—Lo siento. Isabelle.

—Aunque todavía cabría una cosa.

—¿El qué?

—Puedo esconderme entre las rocas.

—Ya hablamos de eso, pero ahora que estamos aquí, ni tú misma piensas que tal estratagema pudiese resultar. No existe ninguna probabilidad en tu favor.

La joven movió la cabeza.

—Sí, Guy, tienes razón y, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Ya se me ocurrirá algo en la villa del señor Spira. Yo tampoco estoy dispuesto a consentir que esos tipos se salgan con la suya. —Habló al empleado de su anfitrión—: Christian, puedes iniciar el regreso.

—Sí, señor, enseguida.

Christian hizo aumentar la velocidad de la lancha, la cual poco a poco se fue alejando de la isla de Bonaparte.

Los dos jóvenes tenían los ojos fijos en el peñasco que acababan de examinar. Allí, durante la noche, llegarían unos hombres enviados por la ONU para depositar 500 millones de dólares en lingotes de oro, que más tarde serían recogidos por los criminales.

Ray tomó una mano de la joven entre las suyas.

—Isabelle, has de dar ánimos a tu prima. Si te ve desmoralizada, ella perderá toda esperanza.

—No te preocupes, cuando lleguemos a la casa, seré otra dase de mujer.

Christian, en la proa, divisó los Arrecifes Colorado.

Miró atrás y vio a los jóvenes charlando.

Poco a poco fue desviando la lancha de su ruta.

A un cuarto de milla de los arrecifes, atrajo con el pie el salvavidas que tenía en el suelo.

A la velocidad que iba la lancha el golpetazo sería terrible.

Las olas batían contra las rocas que emergían del mar y, por añadidura, allí existían corrientes, embudos que tragaban todo cuanto flotaba por los alrededores… No, sus dos pasajeros no lo contarían.

—¿Quién es Alejo Spira? —preguntó Ray a Isabelle.

—Un hombre de negocios. Los tiene en todas partes del mundo…

—¿Quién os presentó?

—Mi madre. Fue ella quien lo conoció primero. Hace un par de años pasamos unas semanas en su casa… Recuerdo que dio un banquete en Venecia. Transportó a todos por su cuenta.

—¿Por qué no lo dio en su villa?

—Le gusta vivir aislado. Invita a muy poca gente. Recuerdo que aquella vez solo estábamos mamá y yo. Lo viste, acabamos de llegar y no tenía ningún otro huésped en su casa.

En aquel momento la lancha chocó contra los arrecifes.

Fue una embestida brutal.

La embarcación saltó en pedazos.

Isabelle golpeó la cabeza contra una de las bandas y salió lanzada al agua.

Ray trató de asirse a algo mientras surcaba el aire, pero no pudo, encontrar nada en su camino.

Se hundió en el mar.

Se dio cuenta que estaba muy cerca de una roca y abrió las manos instintivamente para librar a su cabeza de un golpe mortal.

Enseguida salió a la superficie.

Se percató de cuál era la situación.

Ya no había lancha. Los restos flotaban en el agua.

—¡Isabelle! —gritó.
La joven no le contestó.
Vio un cuerpo humano medio sumergido en el agua.
Nadó hacia allí.
Era Christian. Tenía un salvavidas puesto alrededor del cuerpo, pero ya no le servía.
Lo tomó por el cabello y le levantó la cabeza. Tenía un enorme boquete en la frente. Estaba a punto de expirar. Sus ojos se desorbitaron. Dijo algo por entre los labios que Ray no entendió y un segundo después murió.
Ray dejó libre el cuerpo de Christian y gritó otra vez:
—¡Isabelle!
—¡Aquí, Ray! —Oyó la voz débil de la joven.
Isabelle estaba pasando por un mal momento. Su cabeza se hundía y volvía a aparecer en el agua. Pero estaba sujeta a una roca.
Ray llegó junto a la muchacha y la sostuvo por la cintura.
—¿Cómo estás, Isabelle?
—Bien. Me aturdí un poco al principio, pero el contacto con el agua me devolvió la vida. ¿Y Christian?
—Muerto.
—Pobre hombre…
—Me pregunto cómo ha podido ocurrir si conocía las aguas.
—Un descuido lo tiene cualquiera. Los culpables hemos sido nosotros al querer ir al islote.
—Nena, estamos un poco desviados de la ruta, o al menos me lo parece a mí. No había necesidad de pasar por aquí…
—No prestamos atención a Christian. Estábamos hablando de nuestras cosas… Quizá se durmió o le dio un mareo y ninguno de los dos nos dimos cuenta…
—Bueno, dejemos eso. Estamos en una situación nada envidiable. Desde aquí no se ve la casa de Spira y no hay una sola lancha en todo el mar.
Se oyó un gorgoteo y vieron como los restos de la lancha eran tragados por un enorme embudo.
—Eh, Ray, mira lo que se ha formado ahí.
El remolino no se estaba quieto, avanzaba hacia ellos.
—Hay que instalarse en otra parte. Isabelle, nos desahucian.

Nadaron hacia otro arrecife.

El embudo fue un rato tras de ellos y por fin cambió de dirección, pero enseguida surgió otro en el lado contrario.

—No me gusta nada este juego —dijo Ray—. Una de las veces podemos ir a caer justo en uno de los agujeros que aparecen de repente.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Cuánto tiempo puedes estar nadando?

—Una hora, puede que dos…

Volvieron a pasar por dónde Ray había encontrado a Christian; ya no estaba el empleado, lo cual quería decir que había sido tragado por el mar.

Apenas quedaban restos de la barca, los maderos más pequeños, que habían ido a caer sobre las rocas, continuaban todavía allí, pero desaparecerían en cuanto se iniciase la marea.

—Vamos al islote de Bonaparte —dijo Ray.

—Me parece una buena idea.

—¿Lo podrás resistir?

—Claro que sí, no está a mucha distancia.

Se pusieron a nadar.

Isabelle se cansó más pronto que Ray, quizá debido a los golpes recibidos durante el naufragio.

Pero ya estaban llegando al islote.

Ray ayudó en los últimos metros a la joven.

Se tendieron en la arena boca abajo, respirando entrecortadamente.

Cuando recuperaron fuerzas, se pusieron en pie.

—Quiero echar un vistazo a esto —dijo Ray.

—Yo voy contigo.

Subieron por el peñasco, descubriendo algunos nidos de gaviotas.

Pero allí no existía la menor huella dejada por un ser humano.

Descendieron del peñasco y buscaron su sombra, ya que el sol pegaba fuerte.

—Ray, cuando pase el tiempo y no hayamos regresado al muelle, Alejo Spira enviará una lancha.

—Es posible.

—Tiene que ser así porque pensará que nos ha ocurrido algo.

De pronto oyeron un ruido en el aire.

Miraron en la dirección de la casa de Spira y vieron que volaba hacia ellos un helicóptero.

—Salvados —dijo Isabelle.

El helicóptero avanzaba rápidamente. Pronto estuvo cerca de la isla.

Los dos se pusieron a hacer señales con los brazos.

El helicóptero se aproximó más y empezó a descender. Lo tripulaban dos hombres. Descolgaron una escala. Isabelle trepó por ella y después lo hizo Ray.

—Gracias, amigos —dijo Ray al llegar a lo alto.

Isabelle ya estaba sentada en una butaca. La habían cubierto con una manta.

Un hombre de cejas espesas explicó:

—El señor Spira estaba inquieto por ustedes y ordenó que nos llegásemos al islote. ¿Y Christian?

—Murió contestó Ray.

—Mala suerte para él.

El hombre que pilotaba el helicóptero llevó éste hacia la villa de Alejo Spira.

Isabelle y Ray descendieron del aparato en el campo de aterrizaje y se dirigieron hacia la casa.

Úrsula salió a su encuentro.

—¿Qué ha pasado?

Isabelle se lo contó.

Alejo apareció por una puerta bebiendo un vaso de *whisky*.

—Me alegro mucho de que no les haya ocurrido nada. Ordenaré que venga un doctor.

—No nos hace falta, señor Spira —contestó Isabelle—. Guy y yo nos encontramos perfectamente bien. Sólo pasamos un susto. En cuanto descanse un poco me habré recuperado completamente.

Las dos muchachas se fueron a su habitación y Alejo quedó a solas con Ray.

—Sí, estábamos allí cuando nos descubrió su helicóptero. Tuvimos que nadar un poco desde los arrecifes para huir de unos peligrosos remolinos.

Alejo maldijo para sus adentros a Christian porque era el único que debía haber salido indemne de aquel naufragio y todo había

ocurrido al revés; las dos presuntas víctimas se habían salvado.

—Perdone, señor Spira, pero también necesito un poco de descanso como Isabelle, Recibí una buena paliza.

—Sí, lo comprendo.

Ray hizo un saludo y se dirigió a su habitación. Una vez allí encendió un cigarrillo y se tendió en la cama.

Alejo Spira habló a un hombre oriental.

—Chang, no podemos permitir que mis invitados se encuentren aquí esta noche, cuando mis hombres tengan que ir al islote para hacerse cargo de los quinientos millones en lingotes.

El llamado Chang sacudió la cabeza.

—Entiendo perfectamente, señor Spira.

Alejo examinó la fotografía que uno de sus hombres le había dado.

—Con que se llama Guy Jacques… —Sé echó a reír—. Este muchacho se cree muy listo. Raymond Duc, agente del *Deuxième Bureau*… Y esas muchachas estúpidas se aliaron con él…

El oriental, que estaba sentado en un sillón, se vino hacia adelante.

—Eso quiere decir que conocen su identidad, señor Spira.

—No, no lo creo, doctor Chang. Isabelle me conocía…

—Estoy seguro de que sólo vinieron a mi casa en busca de ayuda. No es necesario que corramos ningún riesgo inútil, y ya sabe lo que quiero decir con eso, doctor Chang. El agente debe ser eliminado inmediatamente.

—¿Y las chicas?

—Luego ellas. Pero les ha de preceder nuestro quedo y admirado enemigo Raymond Duc… Usted tiene muchos medios para acabar con él sin necesidad de producir alboroto.

—¿En qué habitación se aloja?

—La
9-A.

—Es una de las habitaciones donde podemos conectar la corriente.

El doctor Chang se acercó a la pared y puso en marcha un circuito de televisión. En tres pantallas aparecieron otros tantos trozos que, juntos, completaban la habitación donde se encontraba Raymond Duc.

Alejo sonrió, viendo al agente del *Deuxième Bureau* tendido en la cama, fumando un cigarrillo.

—A ese hombre no le asusta el peligro… Mírelo, doctor Chang, parece muy tranquilo.

—No lo estará dentro de unos instantes. —El doctor Chang miró un tablero de mandos donde había hasta seis llaves.

En aquel momento llamaron a la puerta y entró un hombre.

—Un mensaje urgente, señor Spira.

—Habla, Dominici.

—Los quinientos millones en lingotes de oro ya están en París. Dentro de una hora serán trasladados a Toulon, donde serán embarcados para el islote.

—Eso está bien, Dominici.

—Uno de nuestros agentes en París ha interceptado un mensaje del *Deuxième Bureau*.

—¿Qué dice ese mensaje, Dominici?

—Un alto jefe anuncia al primer ministro que el *Deuxième Bureau* renuncia a seguir investigando el secuestro del profesor Von Hershel.

Alejo Spira se echó a reír otra vez y miró la pantalla donde aparecía el agente Duc.

—Conque ha renunciado, ¿eh…? Dentro de un rato enviaremos un mensaje a ese alto jefe del *Deuxième Bureau* comunicándole el triste fallecimiento de su agente Raymond Duc. Haremos su brillante historial para que sea considerado como un héroe. Puedes marcharte, Dominici.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Alejo se dirigió al chino.

—Bien, doctor Chang, ya puede bajar la palanca que asará a nuestro invitado de honor.

CAPÍTULO X

Raymond se levantó de la cama en busca de un cenicero donde dejar su cigarrillo, pero no encontró ninguno en la mesilla de noche. Lo vio en una mesa y se levantó.

Dejó éste en el cenicero y regresó al lecho para tenderse otra vez en él.

De pronto oyó el maullido de un gato y se detuvo. El animal había entrado por la terraza. Era un hermoso ejemplar de gato de angora.

—Hola, amigo —dijo Ray.

El gato fue a su encuentro, pero pasó por debajo de él y fue a meterse bajo la cama.

De pronto ocurrió algo insólito. El gato se estremeció, dio un salto y se quedó tieso en el suelo.

Raymond Duc se agachó sobre el animal. Había rozado con el lomo las barras de la cama.

Estaba claro. El gato había sido electrocutado.

Sintió la garganta reseca al pensar que, un segundo antes de que apareciese el gato, él se iba a tender otra vez en el lecho.

El señor Spira había modernizado mucho su casa, hasta contaba con una parrilla para el asado de invitados. Y el señor Spira no hacía preguntas para dorar a sus huéspedes.

De pronto, se oyó un ruido metálico y enseguida una voz:

—Lamento este accidente, Duc.

Era la voz de Alejo Spira. Llegaba por un micrófono.

—¿Dónde está, señor Spira? ¿Por qué no sale de su escondite?

—Estoy un poco lejos de ahí, pero tú y yo podemos hablar.

—¿Me quiere decir a qué viene esto?

—No me gusta que me engañen, Raymond Duc.

—¿Qué nombre ha dicho?

—El tuyo.

—De modo que ya sabe quién soy.

—Un agente del *Deuxième Bureau*.

—Enhorabuena, señor Spira.

—Ordené que se estuviesen quietos, que nadie debía acercarse al islote Bonaparte.

—Aunque no lo crea, cuando vinimos aquí, no tenía la menor idea de que usted, señor Spira, estuviese relacionado con este maravilloso golpe.

—Celebro que lo califique así.

—Imagino que el profesor está en esta casa.

—Sí, desde luego.

—¿Dónde?

—No es necesario que lo sepa, porque de todas formas va a morir.

Ray sacó la pistola de la axila.

—¿Por qué no viene por mí, Alejo?

Spira lanzó una carcajada.

—No hace falta que yo vaya por ti. Puedo terminar contigo a distancia, sin necesidad de moverme de esta torre de control.

—Ya entiendo, me está viendo por un circuito de televisión.

—Muy listo.

—Oh, no, señor Spira, eso ya es cosa frecuente hoy día. Está al alcance de cualquier persona con un poco de dinero. Los circuitos de televisión se instalan en los Bancos, en las tiendas… ¿Por qué no lo había de tener usted, un criminal de tanta categoría?

—Lástima que tu carrera haya sido tan corta.

—No lo crea, señor Spira, fue larga. Ajusté cuentas a muchos tipejos de su calaña.

—Hasta ahora no te enfrentaste con un hombre como yo, Raymond Duc.

—Todos los delincuentes se creen mejores.

—Pero yo soy el mejor en verdad. He montado una organización como jamás se ha conocido otra en el mundo. Me he convertido en la más poderosa fuerza.

—Me imagino que tendrá un nombre.

—Todavía no la hemos bautizado. Me estoy preocupando ahora de eso. Cuando está noche tengamos el precio que paga la ONU por el profesor, tendré tiempo para elegir un nombre adecuado.

—Yo le ofrezco uno gratuitamente: «Crímenes Ilimitados, S. A».

—Lo tomaré en consideración, Duc.

—Antes de que acabe conmigo me gustaría hacerle una pregunta señor Spira.

—Trataré de responderte con mucho gusto.

—¿Qué va a hacer con el profesor Hershel cuando tenga en su poder los quinientos millones de dólares?

Hubo una pausa y Spira contestó:

—Es una lástima que un hombre de ciencia de esa clase se pierda para la humanidad. Por ello he decidido tenerlo con nosotros. Naturalmente, el profesor será muy feliz en nuestro laboratorio. Se puede comparar con el mejor del mundo. No he regateado ningún esfuerzo para ofrecerle al profesor la posibilidad de nuevos experimentos.

—Ya le comprendo, experimentos que su organización aprovechará en su beneficio.

—Raymond, excúsame, pero he de ocuparme de muchas cosas… Ya sabes, la operación que tenemos que ventilar con la ONU debe ser atendida para evitar cualquier fallo… Prometo enviar tu cadáver al *Deuxième Bureau* para que te den el entierro que mereces.

—Gracias, señor Spira —dijo Duc, y echó a correr hacia la puerta.

Mientras se acercaba, miró al picaporte. Era posible que cuando lo tocase le diese una descarga, tal como había ocurrido con el gato de angora al rozar con la cama.

Hizo girar el tirador y salió fuera.

Al encontrarse en el corredor dio un suspiro de alivio. Por su cuerpo no había pasado ninguna corriente eléctrica.

Oyó un ruido a su espalda y vio correr hacia él a un hombre. Parecía ir a un baile de disfraces. Se cubría con un uniforme brillante rojo y azul, y sobre el pecho aparecía grabado un dragón de tres cabezas. Y lo más curioso de todo era que aquel extraño soldado esgrimía una cimitarra como la que, según había visto Duc en los grabados, usaban los piratas berberiscos para cercenar cabezas.

Y ahora era la suya, la de Raymond Duc, la que iba a ser desgajada del tronco.

Pero tenía una pistola en la mano e hizo fuego cuando ya el

extraño personaje le caía encima.

Su enemigo dio una vuelta de campana y golpeó contra la puerta.

Salió una llamarada de la cabeza del soldado, y eso indicó a Ray que, cuando salió, tuvo mucha suerte, porque la corriente de alto voltaje ya estaba en camino de convertirlo en un trozo de carbón.

Se dio cuenta de que el soldado había querido utilizar la cimitarra por capricho, ya que portaba también una pistola.

El amplio pasillo estaba ahora libre.

Echó a correr.

Pensó hasta qué punto sería útil su huida si lo estaban viendo desde la torre de control por otro circuito de televisión.

Esperó que no fuese así.

Se encontró con una escalera de caracol sin barandilla, con barrotes de metal. Los escalones eran tableros de plástico, grandes, brillantes, jaspeados.

Eligió el descenso en lugar de la subida.

De pronto se oyeron tres pitidos, la clase de señal que los marinos norteamericanos utilizaban en sus buques.

Y luego la voz de Spira a través de otro de los micrófonos.

—Atención, Sección de Seguridad… Un enemigo se ha filtrado en nuestros dominios. Está armado con una pistola. Salió de la habitación

9-A

y desapareció… Es peligroso… Se trata del agente del *Deuxième Bureau,* Raymond Duc. Mátenlo apenas le encuentren.

Ray sonrió. Ya habían terminado de verlo a través de la pantalla de televisión, aunque corría el peligro de ser sorprendido en cualquier momento.

Llegó a una de las plantas y se dio cuenta de que a la izquierda, estaba en movimiento un ascensor. La flecha indicaba que el ascensor subía. Del número 4 pasó al 5, fuego al 6…

Ray esperó junto a la pared.

El ascensor fue a detenerse allí.

La puerta se abrió y salieron dos hombres uniformados como el que había visto a la salida de su habitación.

—Hola, muchachos.

Los dos tipos quedaron inmóviles por la sorpresa.

Uno de ellos tenía la pistola en la mano y el otro todavía no la había sacado.

Duc llegó a la conclusión de que Spira seleccionaba a sus soldados. Los que había conocido hasta ahora tenían una talla cercana a los dos metros y eran fornidos, buenos mozos.

—Vosotros me vais a decir algo que me interesa mucho, pero tú vas a dejar primero caer la pistola al suelo. Rápido o te agujereo la barriga.

El soldado que tenía la pistola en la mano obedeció, dejándola caer.

—Eso está mejor —sonrió Ray, enseñando los blancos dientes—. Y ahora la pregunta: ¿Dónde está el profesor?

Ninguno de los soldados contestó.

Ray levantó el brazo armado y el cañón golpeó contra el maxilar inferior del que tenía más próximo.

—Vamos, muchachos, no seáis tontos. No puedo perder un segundo. ¿Dónde está el profesor? A la próxima, disparo.

El compañero del soldado que había sido golpeado, dijo:

—En la nave metálica.

—¿Dónde está esa nave?

—Se puede llegar por este ascensor.

—En ese caso se puede ir también por la escalera —dijo Duc—. Los dos andaréis delante de mí. Vamos, rápido, y no quiero veros un titubeo.

Los dos soldados bajaron la escalera amenazados por Raymond.

Ya habían pasado por tres plantas sin que nada ocurriese.

De súbito, al llegar a la cuarta, sonó una ráfaga.

Los dos soldados se derrumbaron.

Ray retrocedió de un salto, mientras una serie de proyectiles picotearon en la pared.

El hombre que manejaba la metralleta avanzó por el corredor.

Ray guardó silencio. Se agachó poco a poco poniendo la cabeza a la altura de uno de los escalones de plástico.

Vio aparecer las piernas de un soldado.

Agachó una pulgada la pistola e hizo fuego.

La bala entró de abajo arriba por la ingle de su nuevo enemigo, el cual lanzó un aullido infrahumano y se desplomó.

La metralleta quedó fuera de su alcance y Ray la tomó en sus

manos.

El soldado le miró con los ojos desorbitados, apretándose con las dos manos en los muslos, exhaló el aire de sus pulmones y dobló la cabeza.

Nuevamente, Ray se encontraba a solas.

Por otro micrófono salieron más pitidos.

—Atención, atención… El agente del *Deuxième Bureau* continúa en libertad… Es muy peligroso…

Ray guardó su pistola, y, preparado con la metralleta, continuó descendiendo, ahora más rápido que antes.

Llegó al final de la escalera y se encontró con una puerta metálica con un gran timón.

A la derecha vio otro corredor que se doblaba a unos diez metros.

Oyó ruido de pasos por aquel lado. Alguien se detuvo en la esquina tomando precauciones.

Ray también se escondió junto a la escalera.

Esperó conteniendo la respiración.

Por fin, la persona que estaba al otro lado se decidió a pasar.

El nuevo subordinado de Spira abrió la puerta metálica haciendo girar el timón.

Entonces, Ray se dejó ver.

Su nuevo enemigo no vestía como los otros. Llevaba bata blanca, y era un chino. Iba a desaparecer en el hueco cuando Ray apoyó la metralleta en su espalda.

El chino se inmovilizó y volvió la cabeza.

—Adentro, muchacho —ordenó Ray.

—No dispare. Soy un hombre de ciencia, trabajo para la paz…

—Eso se lo cuentas a Spira en una noche de borrachera, y apuesto a que tampoco se lo cree.

Ray empujó sin contemplaciones al chino con la metralleta.

Entonces, Duc soltó una exclamación de asombro, porque se encontraban en un laboratorio que parecía formar parte de un film de Ciencia Ficción. Allí trabajaban una docena de hombres, todos con bata blanca, pero también había cuatro mujeres de figura realmente sugestiva.

Algunos se dieron cuenta de una presencia extraña y volvieron la cabeza.

—Doctor Chang, ¿qué pasa? —inquirió una de las muchachas que parecía mestiza, mezcla de raza blanca y de oriental.

—De modo que tú eres el jefe de este tinglado, ¿eh, doctor Chang? —dijo Ray.

—Para servirle —contestó el chino, ceremonioso.

Ray no se fió de él. Le vio los deseos de borrarlo del mapa.

—Escuchen todos —dijo—. Si intentan cualquier cosa contra mí, el doctor Chang se va a reunir con sus antepasados de la dinastía Ming.

Las palabras de Raymond fueron acogidas por un silencio.

—Doctor Chang —dijo, después—, ¿dónde está el profesor Hershel?

—¿Qué quiere de él?

—Llevármelo, sólo eso, ya lo han tenido con ustedes mucho tiempo.

—Me temo que está en un error. El profesor está aquí por su voluntad.

—Como contador de fábulas, usted no tendría precio, doctor Chang.

—¿No me cree?

—En absoluto.

—Entonces, permítame que se lo demuestre, señor Duc.

—Se lo permito. Ande, llévame a presencia del profesor Hershel.

—Sígame, señor Duc.

—Ya puede estar seguro de que iré detrás de usted, con lo cual quiero decirle que le convertiré en dos trozos de chino, si usted o cualquier otro me hace una jugarreta.

—Descuide, señor Duc. Es nuestro invitado y estoy dispuesto a enseñarle todo lo que quiera, incluido al propio profesor Von Hershel.

Ray tenía que estar atento al doctor Chang y al personal del laboratorio que había interrumpido su trabajo.

Todos le observaban con mirada obsesiva.

De pronto, uno de los fulanos levantó el brazo.

Ray le envió una ráfaga.

El hombre, que esta vez era de raza blanca, se estremeció al impacto de las balas. El contenido de la probeta que tenía en la mano cayó sobre él e, instantáneamente, de aquel cuerpo empezó a

salir espeso humo.

La víctima se desplomó y, cuando llegó al suelo, Ray vio que la cabeza del fulano era ya una pura calavera.

—Ya ven lo que le pasó a este tipo —dijo—. Estense quietecitos o me liaré a tiros con todos los que hay en este laboratorio. Es muy posible que los tengan que recoger a trozos. Si creen que no estoy dispuesto a volar con ustedes, hagan la prueba como ese muchacho.

—Es muy valiente, señor Duc —dijo Chang—. Pero sería un sacrificio estúpido.

—Cuando necesite que alguien me moralice, me iré al Folies Bergère. Usted no tiene nada que hacer conmigo a ese respecto… Vamos, siga andando y lléveme a presencia del profesor.

Nadie volvió a intentar nada contra el intruso.

El doctor Chang llegó ante otra puerta que también se abría con un tirador en forma de timón.

Cuando se hizo el hueco, Ray empujó al chino a su interior y saltó tras él. Inmediatamente cerró la puerta.

La habitación era un dormitorio con todas las comodidades, aire acondicionado. Al fondo había dos ventanas a través de las cuales se veía el mar.

En un camastro dormía un hombre.

Era el profesor Frank von Hershel.

CAPÍTULO XI

—Despiértelo, Chang —dijo Ray.

Chang se agachó sobre Hershel y lo tocó suavemente en un hombro.

—Profesor…

Éste abrió los ojos y miró a su alrededor.

—Tiene un visitante, profesor —dijo el chino.

—¿Cómo está, señor Hershel? —habló Ray—. ¿Se acuerda de mí?

El profesor parpadeó.

—Perdone. ¿Nos hemos visto alguna vez?

—Sí, profesor, fuimos presentados por su sobrina Isabelle en Villa Margarita, en Antibes.

—No recuerdo…

—He venido por usted.

—¿Por mí…? Lo siento, debe estar confundido. Yo no quiero ir a ninguna parte, deseo seguir aquí.

El doctor Chang intervino:

—¿Se ha convencido ahora, Raymond?

—Cierre la boca, chinito, o se la gana.

El doctor Chang retrocedió un paso al ver en los ojos de Raymond que su amenaza no era en balde.

—Profesor —prosiguió el agente del *Deuxième Bureau*—. Puedo explicarle lo que ha ocurrido. Fue secuestrado por una pandilla de desalmados. Quizá conozca al que parece ser jefe de ellos, Alejo Spira.

—El señor Spira es un gran amigo mío.

—No es amigo suyo, profesor. Spira y sus compinches lo secuestraron para pedir un rescate a la ONU. El organismo internacional va a pagar quinientos millones de dólares por su libertad.

—¿Qué está diciendo?

—Esta noche, en un islote cercano a este lugar, será depositado el precio. Alejo Spira amenazó al mundo con el uso, en zonas de gran población, del arma bacteriológica que descubrió en su laboratorio de Baviera.

Frank se pasó la mano por las sienes.

—Soy un invitado del señor Spira… Quiere que haga experimentos para él. Me ha anunciado que me darán el premio Nobel… Sólo quiere que trabaje para la paz mundial… Es un hombre muy generoso…

—Escuche, profesor, le inyectaron una droga para dominar su voluntad.

—¿Cómo?

—Observe su brazo derecho. Todavía conserva la marca de la aguja.

Frank von Hershel se miró la muñeca.

—Le dije al señor Spira que necesitaba descansar… Estaba muy confuso, como si hubiese dormido demasiado. Mis ideas no son claras… Tampoco lo son ahora.

—Profesor, ha de venir conmigo…

El doctor Chang intervino:

—Va a cometer una locura, señor Duc.

—¿Usted cree?

—No pueden salir de aquí. Esto es una auténtica fortaleza y sería imperdonable que usted expusiese a la muerte a un sabio como el profesor.

—Usted tiene la cara muy dura, chinito. Casi tanto como Alejo Spira. Les preocupa la vida del profesor, pero sólo porque, si él se muere, se les acaba el medio de chantajear a la humanidad.

—Señor Duc, estoy seguro de que el señor Spira será muy generoso con usted si se decide a trabajar para nosotros.

—Vaya, ya salió la gran oferta.

—Aquí no le faltará de nada. Buena comida y bebida, dinero y mujeres hermosas.

—Ya imaginé que el señor Spira habría pensado en todas las comodidades.

—Además, el señor Spira, podrá enviarlo a las mejores ciudades del mundo. Hay muchos hombres que dependen de él, hombres que,

como usted, son inteligentes y eligieron el bando que les convenía.

—Elegí mi equipo hace algún tiempo, señor Chang, y no me interesa un traspaso.

—Le repito que no saldrán vivos de aquí. Ni usted ni el profesor. Los dos se quedarán para siempre.

—Óigame, doctor Chang, es posible que acierte, pero le juro que van a quedar muchos conmigo.

—¿Eso le satisface?

Ray se quedó pensativo unos instantes.

—Me daría por satisfecho si Alejo Spira fuese uno de mis compañeros para el gran viaje.

Se le hacían nudos en los intestinos pensando que él pudiese morir y que Alejo quedase vivo. Quizá ahora no estuviese utilizando el buen camino, el que más le convenía. Un agente debía ser más versátil. Tenía razón el viejo cuando le censuraba por ser demasiado terco.

—Doctor Chang, usted me acaba de hacer una oferta. Pero no es nadie. El amo de todo esté tinglado es Alejo Spira. ¿Qué pasaría si usted dijese una cosa y él no estuviese dispuesto a confirmarla? Si he de llegar a un acuerdo con alguien, no será con usted, sino con su jefe. ¿Me explico bien?

—Sí, le entiendo perfectamente y le felicito por ser un hombre con sentido práctico. Ya empezaba a defraudarme… ¿Me permite?

Tomó un teléfono que descansaba sobre una mesa.

—Enseguida podrá hablar con Alejo Spira.

—Quiero escuchar lo que se dicen.

—No hay inconveniente.

El doctor Chang descolgó el auricular y habló por el micro a una voz femenina.

—Deseo hablar con el amo. Soy el doctor Chang.

—Sí, señor.

La comunicación fue establecida casi inmediatamente.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó Spira.

—Estoy en la habitación particular del profesor Frank von Hershel. Hay otra persona conmigo…

—Sí, ya me han informado, el agente Raymond Duc.

—Señor Spira, Duc está dispuesto a llegar a un acuerdo con usted. Le he hecho ver que de ninguna forma podría escapar de

aquí…

—Hablaré con él.

Ray intervino:

—Dígale que también llevaré conmigo al profesor. Iremos los tres juntos.

—Señor Spira, quiere sacar de aquí a Von Hershel.

—Eso es comprensible. No hay inconveniente. Les espero en el salón del tulipán.

Se cortó la comunicación.

—¿Está satisfecho? —dijo el doctor Chang con una sonrisa—. Espero que el acuerdo nos beneficie a todos.

Ray se acercó al profesor.

—¿Está en condiciones de moverse, profesor? Haga un pequeño esfuerzo. Apóyese en mí.

Chang abrió la puerta y los tres salieron de la habitación.

Ray no abandonó la metralleta. La llevaba en la mano mientras el profesor se apoyaba en su brazo. Podría ocurrir que intentasen matarle por la espalda, en cuyo caso nada habría conseguido tras haber dado con Hershel.

Pero nadie intentó nada.

Después de abandonar el laboratorio, subieron en el ascensor a la torre. Penetraron en un gran salón que estaba sumergido en la penumbra.

De pronto, la parte superior se descorrió dejando ver un techo de vidrio, por dónde penetraban los rayos del sol.

Alejo Spira apareció por una puerta. Se cubría con un kimono de colores brillantes, un dragón de tres cabezas bordado en el pecho.

—¿Qué tal se encuentra, profesor?

—Creo que mejor.

—Lo celebro mucho. ¿Y tú, Duc?

—De primera, señor Spira.

—¿Quieres dejar el arma…? Ésta es una conversación de negocios y debe molestarte.

—No, señor Spira. No me molesta nada.

—Bueno, al parecer eres todavía suspicaz.

—¿Cuál es el acuerdo, señor Spira?

—Disculpa, Ray, pero he preparado una pequeña fiesta en tu honor y en el del profesor. Es la costumbre en mi casa.

Ray se dijo que no debía romper el hilo por la parte más delgada. Posiblemente, Spira se traía un doble juego entre manos, pero tampoco a él le convenía mostrarse inamistoso. No podía olvidar que las chicas estaban en poder de aquel hombre. Podía intentar una escapada llevándose al profesor, pero ¿qué iba a ser de Isabelle? ¿Y de Úrsula…? El problema tenía difícil solución, y en aquel momento no estaba a su alcance. Debía concederse un poco más de tiempo.

—Por mí, puede empezar la fiesta, señor Spira.

Alejo dio dos palmadas y terminó de descorrerse el armazón del techo.

Una puerta se desplazó sobre rieles, y ante los ojos de Ray apareció un salón semejante al del palacio de un sultán. En el centro, había un estanque en el que nadaban peces de colores.

Hermosas mujeres de piel blanca, negra y canela se cubrían muy parcamente, como odaliscas y huríes.

Media docena de músicos se pusieron a tañer sus instrumentos.

Las bailarinas evolucionaron alrededor del estanque.

—Siéntate a mi lado, Ray —dijo Spira, ocupando un mullido sillón ante una larga mesa.

—No está mal esto.

—Es sólo un cuadro. A una señal mía puedo contemplar lo que me parezca, una danza interpretada por campesinas húngaras, los saltos rítmicos de un conjunto de watusi, un baile romántico de Austria…

—Esas chicas lo hacen bien.

—Hermosas, ¿eh?

—Sí, lo son.

—Las demás bailarinas que he reunido son tan hermosas como ellas. Hay de todas las nacionalidades.

—¿Cuántas tiene?

—Casi un centenar.

—Se sirvió bien.

Spira lanzó una carcajada.

—Soy un tipo exigente.

—¿Qué piensa lograr con todo esto?

—¿No crees que el amo del mundo tiene derecho a lo mejor?

—¿Sólo el amo del mundo…? ¿Y para el tambor, qué?

—Bueno, Ray, mis hombres también tienen las mujeres que necesitan.

—¿Practica una clase de religión en la que cada hombre puede tener las mujeres que quiere?

—No practicamos ninguna religión. En mi casa no existe ningún hombre casado. El matrimonio no se conoce.

—Admito que a los hombres les guste, pero ¿qué piensan ellas?

—Lo mismo que los hombres después del tratamiento.

—Ya entiendo, le hace lo mismo que al profesor, les anula la voluntad.

—Sí, Ray.

—¿Sabe una cosa? Yo no podría tener a una de esas mujeres por muy hermosa que fuese.

—¿Por qué, Ray?

—Cuando la estrechase entre mis brazos pensaría que era un animal sin seso.

—Eso lo dices ahora, pero si observases de cerca esas esculturas vivientes olvidarías tus prejuicios.

—¿Cuál va a ser su próximo golpe, señor Spira?

—Es un secreto, todavía no lo he dado a conocer a mi consejo.

—De modo que también tiene un consejo, como un verdadero jefe de estado.

—Son nueve los que yo tengo. La Tierra, Marte, Urano, Júpiter. Saturno, Neptuno, Venus, Plutón…

—¿Y quién es usted?

—El Sol.

—Ya, el astro rey con sus nueve planetas… Muy ingenioso, señor Spira, ¿por qué no me participa su secreto?

—Sólo te puedo decir una cosa, que en un plazo muy breve seremos los dueños de la tierra.

—Y luego se dedicarán a la conquista del universo.

—Noto cierto sarcasmo en tu voz, Ray.

—Oh, no, en absoluto. Sólo que estoy emocionado, después de oír sus declaraciones.

El doctor Chang se había sentado a la izquierda de Ray, en la parte opuesta, el profesor Von Hershel estaba al lado de Spira.

—Señor Spira —dijo Ray—. ¿No van a participar mis acompañantes en la fiesta?

—Isabelle dijo que tú eras el prometido de Úrsula.

—No, no lo soy.

—Me di cuenta de que quien le interesaba era Isabelle.

—Buen psicólogo.

—Daré orden ahora mismo de que las traigan.

—Le quedaré muy reconocido.

La mesa estaba tan bien servida, con centenares de viandas.

Al cabo de un rato, se abrió una puerta y aparecieron Úrsula e Isabelle.

Ray se quedó admirado, porque los vestidos de las jóvenes eran de gran belleza. Estaban tejidos con hilos de oro y sobre ellos brillaban las piedras preciosas. Sus brazos estaban desnudos y los escotes eran generosos. Cada mía de las jóvenes era acompañada por una doncella que las llevó hasta su sitio en la mesa, frente a Alejo Spira.

Ray notó mía cosa extraña. Ninguna de las dos chicas saludaba al profesor. Entonces se inclinó sobre Isabelle, que estaba más cerca.

—Hola, Isabelle.

La joven parpadeó.

—¿Nos hemos visto antes?

—Isabelle, ¿es que no me conoces?

—Perdone, debo haberme olvidado de usted.

—Úrsula —dijo Ray.

La joven había empezado a comer y no levantó los ojos. Entonces, Ray se volvió hacia Spira.

—Les ha hecho lo mismo que al profesor y a sus famosas bailarinas. Les ha anulado la voluntad.

—Sólo están en el comienzo. Se necesitan no menos de veinte inyecciones para conseguir la anulación del cerebro. Sólo han sido inoculadas dos veces. Mañana lo serán otras dos. De esa forma, en diez días serán otra clase de mujeres.

—Las mujeres que usted necesita para sí y para sus hombres.

—Tengo que decirle algo todavía a ese respecto.

—Debe ser muy interesante.

—Vamos a crear una nueva raza. ¿Se da cuenta de sus posibilidades…? Una selección de ellos y ellas, que traigan al mundo un nuevo ser humano, distinto a todos los que le precedieron.

—Otros, antes que usted pensaron lo mismo. ¿Y sabe cómo acabaron, señor Spira? Mordiendo el polvo.

—Yo no morderé el polvo, Ray, sé lo que quiero y de qué forma lo quiero.

Ray se dio cuenta de que su metralleta ya no estaba allí.

—¿Qué te pasa, Ray? —preguntó Spira.

—Debía suponer que esto era una traición.

—¿Pensaste otra cosa…? Eres muy torpe, como todos los que han tratado de oponerse a mis deseos.

—Podía haber jugado limpio.

—No, tú no eres de ésos. Sólo estabas esperando una oportunidad para ponerme el pie en el cuello. Es por lo que aceptaste la propuesta de Chang, por lo que trajiste al profesor y por lo que quisiste que viniesen aquí las muchachas. Pensabas que, en un momento determinado, podrías hacerte dueño de la situación y escapar con ellos. No tuviste en cuenta que te las tenías que ver con una inteligencia muy superior a la tuya.

—¿La de usted, Spira?

—Exactamente. Mi inteligencia es superior a la de todos los humanos, y por eso merezco ser el amo de todos.

—Dueño de sus cuerpos y de sus almas… También es el Sol… y el creador de una nueva raza. Ya entiendo, Se quiere comparar a un dios…

—Ray, tú no vivirás para verlo.

—¿Cuándo moriré?

—Cuando acabe la fiesta.

—¿Una hora? ¿Media…?

—Veinte minutos.

—Como reo al que van a ajusticiar, ¿puedo pedirle un favor?

—¿Cuál?

—Quiero hablar con Isabelle.

—Concedido.

—Gracias, es usted un tirano muy generoso.

Tomó a Isabelle del brazo y se la llevó hacia una de las ventanas.

Ray tenía sus motivos para haber pedido aquel favor a Spira. Había visto cómo la joven le miraba varias veces y tenía la impresión de que le reconocía.

—Menos mal que me has traído aquí, Ray.

—Pero te han puesto dos inyecciones.

—Al principio me hicieron un poco de efecto, pero va pasó.

—Desgraciadamente, no puedo hacer mucho por vosotras.

—Claro que puedes. Tengo una pistola escondida en la falda, Ray.

Ray tuvo que hacer esfuerzos por no precipitarse a coger el arma.

—¿Dónde la tienes?

—Debajo de la falda. La encontré en mi habitación. Alguien la había dejado olvidada allí. ¿Cómo la vas a sacar, Ray?

—Es la mar de sencillo. Te vas a desmayar y lo demás corre de mi cuenta.

—¿Crees que saldrás vivo?

—Pondré todo lo que pueda de mi parte. Vamos, desmáyate, tengo la impresión de que la danza va a acabar.

La joven dobló las piernas y cayó en el suelo con los brazos extendidos.

CAPÍTULO XII

—¿Qué pasa ahí? —dijo Alejo Spira.

Ray se levantó con la pistola en la mano y apuntó a Alejo.

—Ya puedes levantarte, Isabelle.

La joven se puso en pie.

Alejo Spira enarcó las cejas.

—¿Qué haces, Ray?

—Matarlo, Spira —dijo Ray, y apretó el gatillo.

Alejo Spira recibió el impacto en el pecho y se derrumbó contra el sillón, quedando sentado. Se vio el agujero por el que empezaba a salir un chorrito de sangre y alzó la cara asombrado.

—No puedes matarme… Soy un dios.

—Le apuesto lo que quiera a que no lo es —repuso Ray—. Los dioses son inmortales.

Disparó otra vez.

El proyectil hizo un segundo agujero en el pecho de Spira, muy cerca del primero.

Spira arrojó un poco de sangre por la boca.

—Quiero ser un dios —exclamó—. Un dios…

Ray apretó por tercera vez el gatillo.

Los tres agujeros en el pecho de Spira formaron un triángulo.

En la sala había cundido el desconcierto. Los músicos y bailarines corrían dando gritos.

—Ray —dijo Isabelle—. ¿Por qué no le conservaste como rehén?

—Porque no podía correr ningún riesgo. Tenía una misión que cumplir y era ésta, dejar a Spira para que lo entierren. Mi amigo Raoul no tuvo ataúd hasta que ¡encontré sus restos! Spira lo tendrá hoy.

Así diciendo hizo el cuarto disparo, pero ya no era necesario, porque Spira estaba vencido en el sillón con los ojos abiertos.

El doctor Chang miraba aterrorizado el cuerpo sin vida de su

jefe.

—Doctor Chang —dijo Ray—. Con usted voy a ser menos caritativo. La bala va a ir a su cabeza.

—No me mate, no soy culpable.

—Claro que lo es, pero le daré una oportunidad de entregarlo a las autoridades. Bastará con que nos saque de este avispero.

—Estoy conforme.

—Quiero hablar con la policía de Toulon, pero ha de ser rápido.

El doctor Chang se acercó a una pared, tocó un cuadro de mandos y ante los ojos de todos apareció una emisora.

En aquel momento se abrió una puerta y aparecieron dos hombres con metralletas en la mano.

Ray los tumbó de sendos disparos.

—Dame una metralleta, Isabelle.

La joven corrió hacia ellos y se la entregó a Ray, quien la utilizó contra otros tres hombres que entraban.

Habló a Chang.

—Dé orden a sus muchachos para que se estén quietos o continuaremos la carnicería.

Chang habló por el dispositivo amplificador interior.

—El Amo, Alejo Spira, ha muerto. Es inútil continuar luchando. Os habla el doctor Chang. Mi orden es ésta: Deponed las armas.

—Doctor Chang —repuso Duc—, de todas formas quiero que cierren las puertas y que no entre aquí nadie.

Chang utilizó los mandos para cerrar herméticamente las puertas del salón.

—Bien —dijo Ray—. Ahora quiero hablar con Toulon.

Primero habló con la policía y dio a conocer su personalidad. Tuvo que insistir mucho para ser creído y, al final, se puso en contacto con un funcionario de la ONU que se encontraba en aquella ciudad para realizar el embarque de los lingotes de oro a la isla Bonaparte. Le hizo un resumen de la situación y el representante de la ONU contestó que en breve plazo un millar de hombres llegarían por mar y aire al trozo de la costa en que Alejo Spira había construido su fortaleza.

Ray entregó una rosa a Monique.

—Oh, qué gentil eres…

—¡Cómo está de humor el viejo esta mañana!

—Dice que te pondrá de patitas en la calle.

—¿Por qué?

—Dice que no puede consentir haya divos en la sección. Os lo creéis demasiado.

—¿Qué culpa tengo yo de solucionarlo todo?…

La voz del viejo rugió por el interfono.

—¡Ray, le estoy esperando! ¡Deje ya de decir tonterías y entre!

Ray pegó una palmadita en la mejilla de Monique y pasó al despacho de su jefe.

—¿Ha leído los diarios, Ray?

—Sí, jefe, y no dicen una palabra de mí.

—¿Qué esperaba? Esto es el Servicio Secreto y, por lo tanto, sólo se dice que un agente del *Deuxième Bureau* desmanteló la organización de Alejo Spira.

—No tengo queja, señor.

—¿Sabe que el Primer Ministro me ha llamado esta mañana? Estuve hablando con él personalmente.

Ray sonrió.

—No me haga extensivas sus felicitaciones, señor.

El viejo entornó los ojos y, de pronto, pegó un puñetazo en la mesa.

—¡No fue una felicitación sino una reconvención, porque uno de mis hombres dejó de cumplir sus órdenes! ¿Lo oye, Ray? ¡Usted ha sido el culpable de eso!

—Lo siento, señor.

El viejo carraspeó bajando la mirada a la carpeta.

—Al propio tiempo, me dijo que lo felicitase. Pero eso fue muy al final de la entrevista. No tengo más remedio que emplear sus palabras —habló muy deprisa—. Dijo que hombres como usted son necesarios y útiles al país.

—Gracias, jefe, me ha emocionado mucho.

—¡No he sido yo quien ha dicho eso, sino el Primer Ministro! —Hizo una pausa y agregó por lo bajo—: Un hombre que no tiene la menor idea de lo qué es el Servicio Secreto… Bueno, también me pidió que le concediese un mes de vacaciones.

—¡Un mes de vacaciones!… Cuatro semanas… Treinta días…

—No lo reduzca a minutos, por favor.

—Hasta la vista, jefe.

Ray echó a correr hacia la puerta.

—Eh, Ray, dígame dónde va a estar por si lo necesito.

—Eso no va a depender de mí.

—¿De quién va a depender?

—De la chica.

—¿Qué chica?

—Verá, jefe, esta mañana recibí una llamada telefónica… Una mujer me invitó a pasar unas semanas haciendo un crucero, pero no identifiqué su voz. Dentro de media hora me reuniré con ella y sabré quién es… Sólo puedo anticipar una cosa. Por lo que sugirió, ha de ser Isabelle Rouanet o su prima Úrsula.

—Con cualquiera de las dos gana.

—Es lo que digo yo, jefe —Ray salió del despacho del viejo.

Monique estaba oliendo la rosa.

—Querido, el jefe me habló de que tenías unas vacaciones, ¿adónde vas a pasarlas?

Ray se puso muy serio.

—Compré tres tomos de filosofía y me prometí que aprovecharía estas semanas para estudiar muchas cosas profundas que me hacen falta conocer.

Luego, con aire solemne, Ray caminó hacia la calle dejando a Monique con la boca abierta.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.